

UN PILAR DE LA LITERATURA COLOMBIANA: LA MADRE FRANCISCA JOSEFA DE
LA CONCEPCIÓN DEL CASTILLO Y GUEVARA

Edwin Alfonso Barreto Prada

Universidad Santo Tomás
Facultad de Filosofía y Letras
Licenciatura en Filosofía y Lengua Castellana
Bogotá D.C., Colombia
2020

UN PILAR DE LA LITERATURA COLOMBIANA: LA MADRE FRANCISCA JOSEFA DE
LA CONCEPCIÓN DEL CASTILLO Y GUEVARA

Edwin Alfonso Barreto Prada

Monografía de Grado presentada como requisito para optar al título de
Licenciado en Filosofía y Lengua Castellana

Asesora:

PhD. D. Myriam Jiménez Quenguan,

Universidad Santo Tomás
Facultad de Filosofía y Letras
Licenciatura en Filosofía y Lengua Castellana
Bogotá D.C., Colombia

2020

Resumen

En el presente trabajo de grado se realiza un análisis de la obra *Vida* (1817) de la Madre Francisca Josefa de la Concepción de Castillo y Guevara (1671 – 1742), como de los aspectos y elementos propios del género autobiográfico que encontramos en esta. Además, de su contribución al despertar de una literatura nacional, y al reconocimiento de la mujer en la Colonia. Puesto que hablar del yo es penetrar en la persona, en lo más profundo de su ser, de su esencia y de su existencia, es darle vitalidad a la vida misma, y Francisca Josefa de Castillo es un prototipo de ese yo y de esa vida, que va llenando ese inmenso mar que es su obra *Vida* con grandes gotas de sus sentimientos, emociones, vivencias, realidades y experiencias que nos llevan a conocer, analizar, observar y comprender la realidad de su época, y al mismo tiempo, la germinación de sus palabras en la alborada cultural, social y literaria de nuestra Nación.

Palabras clave: *Vida*, Autobiografía, Yo, Colonia, Mujer.

Abstract

The present dissertation is an analysis of the work *Vida* (1817) of Mother Francisca Josefa de la Concepción de Castillo y Guevara (1671 - 1742) as well as the aspects and elements of the autobiographical genre that we find in it. In addition, its contribution to the awakening of a national literature and the recognition of women in the colonial era. Since to speak of one's self is to penetrate the person in the deepest part of their being of their essence, their existence is to give vitality to life itself. Francisca Josefa de Castillo is a prototype of that self, and that life, which fill an immense sea that is her work called *Vida*. Such big drops of her feelings, emotions,

experiences, and realities that lead us to know, analyze, observe, and understand the reality of her time. It also led us to know at the same time, the germination of her words in the cultural, social, and literary dawn of our Nation.

Key words: Life, Autobiography, I, colonial era, Woman.

Tabla De Contenido

A Modo De Introducción.....	6
Capítulo I. Aproximaciones Hacia El Género Autobiográfico	16
Rasgos De La Escritura Conventual	24
Vida, Escritura Del Yo Autobiográfico	27
<i>Autobiografía</i>	<i>27</i>
<i>Memorias</i>	<i>28</i>
<i>Diario</i>	<i>31</i>
<i>Libro de Familia.....</i>	<i>33</i>
<i>Autobiografía Espiritual</i>	<i>35</i>
<i>Crónica Personal.....</i>	<i>36</i>
<i>Relatos de viajes</i>	<i>37</i>
<i>Ficción Autobiográfica</i>	<i>38</i>
Capítulo II. El Yo Y La Nación	41
Capítulo III. Mujer, no solamente con la pluma.....	59
¿Para Concluir o Empezar?.....	81
Referencias Bibliográficas.....	85

A Modo De Introducción

*Empiezo en su nombre a hacer lo que
Vuestra Paternidad me manda y a
pensar y considerar delante del Señor
todos los años de mi vida en
amargura de mi alma, pues todos los
hallo gastados mal, y así me aterro de
hacer memoria de ellos.*

Madre Francisca

La autobiografía es un género literario. Pero ¿qué es una autobiografía? El francés Philippe Lejeune nos dirá que es un “relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, en tanto que pone el acento sobre su vida individual, en particular sobre la historia de su personalidad” (Lejeune, 1986, p. 50). Un género que ha estado cercano a otros géneros literarios y, que ha permitido que historiadores, estudiosos, investigadores e incluso lectores conocer o tener un acercamiento a la vida misma del autor de dicha obra autobiográfica. He afirmado que es un género literario, aunque a lo largo de la conformación de este hubo algunas incertidumbres que no lo mencionaban como tal, pero en nuestro caso veremos a la autobiografía como un género literario.

La pregunta base de esta investigación es: ¿De qué manera la obra *Vida* de sor Francisca Josefa de Castillo tiene aspectos que la identifican como una autobiografía y cómo esta rompe con algunos tópicos literarios en la época de la Colonia?

Esta investigación pretende analizar, por lo tanto, la obra de la Madre del Castillo “*Vida*” (1817) como ejemplo de la autobiografía espiritual en la época de la Colonia en Colombia, mirando en ella su vida personal, su formación académica, religiosa, su escritura y contexto social. Para ello, se tendrá en cuenta el estudio e investigaciones realizadas sobre el género autobiográfico como el mencionado al inicio de esta introducción, pero de manera especial lo

relacionado con la autobiografía espiritual y los temas que surgen de esta. Todo este proceso será articulado con elementos claves de lectura de la obra *Vida* (1817) de la Madre Francisca, como de nuevas investigaciones de construcción de la literatura en primera persona; elementos como el problema del yo, el orden cronológico de la obra, la configuración de los personajes, las diversas expresiones que conforman su pensamiento (emociones, pensamiento, mística) y, los aportes de estudios sobre la obra y la vida de esta escritora religiosa como los desarrollados por Darío Achuri Valenzuela (1968).

Ahora bien, recordemos que la pregunta que orienta este proyecto de investigación es: ¿De qué manera la obra *Vida* de Sor Francisca Josefa tiene aspectos que la identifican como una autobiografía y cómo está rompe todo tópico literario en la época?, es decir, no se pretende repetir o desarrollar las mismas ideas de investigación en referencia a la autobiografía espiritual y a la vida misma de la mujer en la Colonia, sino más bien, plantear nuevas ideas que permitan al lector el conocimiento de la persona, su quehacer, su filosofía, su educación, su estar y ser parte de una sociedad, su relación con los otros, su formación artística y cultural, su desarrollo como sujeto y su experiencia religiosa y mística.

Sostendré, por lo tanto, que, para llegar a una respuesta inicial a la anterior pregunta, lo primero es identificar los elementos y aspectos propios del género autobiográfico, desde su carácter espiritual como conventual, ya que este último se convierte en el lugar en el que se produce esta maravillosa obra de la madre de Castillo. Segundo, abordar el problema del análisis de la obra, lo que implica también estar atento a cuestiones de estilo y escritura de esta escritora como mecanismo de consolidación y formación de una identidad nacional, es decir, hilar aquellos rasgos que van consolidando el origen y la formación de las letras y de la sociedad en nuestra nación. Y, finalmente, otro problema para tener en cuenta es determinar cuál es la

contribución de la obra *Vida* (1817) al reconocimiento del rol de la mujer en la época colonial, desde los distintos ‘estados’ que vivió la madre Francisca como las mujeres de aquel tiempo.

La madre Francisca Josefa de Castillo¹ irá construyendo y revelando su *vida* desde su propia existencia y experiencia. Su autobiografía tiene un ítem especial, es decir su obra es considerada como autobiografía espiritual dentro del mismo itinerario conventual porque tiene como rasgo que no ha sido escrita por iniciativa propia, sino que ha sido una obra mandada por su confesor, como se ha escrito en el epígrafe al comienzo de esta introducción. Este aspecto de la autobiografía conventual no solamente lo encontramos en la obra de madre Francisca sino también en otras autobiografías de religiosas de aquella época como también en la autobiografía contemporánea de santa Teresa de Jesús o de Lisieux² hacia finales del siglo XIX, quien es la madre abadesa [su hermana de sangre] que ordena que escriba sus sentimientos y vivencias en el rumbo de su formación como religiosa.

Que sea un encargo, no impide que pueda identificarse como una autobiografía. La madre de Castillo va a ir poniendo acento sobre su vida individual y, de manera especial, sobre su vivencia en el convento de las Clarisas en la ciudad de Tunja, Colombia; es decir, nos va dejando ver por medio de su escritura aquella historia de su formación integral como persona, como religiosa, como mujer, como escritor. Una formación que para algunos era el escape para dejar de sirvientas, esclavas y objeto de los hombres en una sociedad en la que lo femenino no era tenido en cuenta.

¹ Religiosa del convento de las clarisas y escritora; nacida en Tunja – Colombia, el 6 de octubre de 1671, y fallecida en la misma ciudad el 7 de agosto de 1742. (Cf. Castillo, 2007, págs. 12 y 60).

² Religiosa de la orden de las Carmelitas Descalzas; nacida en Alenzón, Normandía el 2 de enero de 1873, muere en Lisieux, Normandía el 30 de septiembre de 1897. Fue declarada Santa en 1925 y proclamada Doctora de la iglesia en 1997 por Juan Pablo II.

A lo largo de cada uno de los capítulos de su obra *Vida* (1817) la Madre Francisca irá describiendo, recordando y narrando la historia de su personalidad, de sus sufrimientos, emociones, sentimientos, visiones, sueños y deseos, etc., aquellos elementos que va descubriendo cada día de su estancia en el convento. Por estas razones, nuestro objetivo general es analizar en la obra *Vida* (1817) de la Madre Francisca Josefa de la Concepción del Castillo y Guevara, los aspectos y elementos propios del género autobiográfico como contribución al despertar de una literatura nacional, y al reconocimiento de la mujer en la Colonia. Este se verá sustentado en cada uno de los capítulos que responderán a objetivos propios que se desprenden y complementan nuestro objetivo general.

Ahora bien, el convento para un lector no religioso quizás pueda ser considerado como campo de concentración o de esclavitud, o simplemente un lugar en donde mujeres sin sentido de vida van a ser las sirvientas [*ancilla*] de los clérigos, pero, para un lector ‘neutral’ o religioso, su experiencia de formación es un proceso, un itinerario para alcanzar su santidad y para la glorificación de su Señor y esposo.

Los objetivos de la investigación corresponden a los capítulos del texto. El primer objetivo es identificar los aspectos y elementos propios del género autobiográfico desde su carácter conventual como componente de una formación integral y femenina.

Por consiguiente, se irá analizando y describiendo cada uno de los elementos, aspectos o características que nos permitirán identificar el texto de la Madre Francisca como género literario autobiográfico. Aquí, por lo tanto, siguiendo a Philippe Lejeune (1986), James S. Amelang (2003), y María Zambrano (2004), se irá problematizando la tipificación de este género literario a través de elementos como la contemplación, el diálogo, la memoria, los recuerdos, la aparición o la cuestión de Yo, el testimonio, la confesión y el aspecto místico como también, aquellos

elementos propios de este género, para que, por medio de los planteamientos de estos autores y otros, se comience a construir la identificación propia del género autobiográfico y su incidencia en la vida misma de la mujer en la época Colonial.

El segundo objetivo es analizar cómo contribuyen las escrituras del yo de la Madre del Castillo al despertar de una identidad literaria nacional. Sumado a lo anterior, trataremos de dar una razón mediante al análisis, de cómo la escritura de la Madre Francisca como primera escritora mujer religiosa colombiana contribuye a ser un pilar en la conformación del canon literario, y a ser un punto de referencia a la hora de hablar de una época propia de la consolidación de nuestra Nación como Estado. Para ello, se tendrá presente estudios sobre la conformación del canon que estará mediado por la historia misma y disputa de varios años entre liberales y conservadores.

Al respecto, se dice:

El proceso de formación del canon y la nación son proyectos complementarios.

Ambos asuntos incluyeron la literatura en la lista de sus aliados para proclamar una ideología nacional propia. Los procesos de formación canon/nación del siglo XIX participaron en la exclusión/inclusión de los autores que apoyaban o rechazaban el sistema político, social y religioso. [...] hubo intención de publicar los textos de la madre Castillo desde muy temprano, precisamente cuando apenas se estaba gestando la nación en Colombia, que al mismo tiempo contribuyó a la formación del canon literario. (Steffanell, 2010, pág. 103).

Además, de los elementos mencionados haremos un estudio del Estado en aquella época y el trance que se va viviendo de pasar de la corona española a tener un gobierno casi autónomo y propio de la Nueva Granada. Otro referente en la construcción de dicha identidad será el

aspecto educativo que como hemos mencionado anteriormente era limitado o exclusivo para personas de elite o para quienes ingresaban a un convento, monasterio o seminario. Esto de los exclusivos como se acaba de mentar, nos permitirá trazar un camino de la identidad como es el de la sociedad o cultura que existía en tiempos de la Madre Francisca. De ahí que también, se mirará el aspecto de la literatura que se tenía para entonces, en otras palabras, de los libros de lectura con que gozaba la madre y la formación que se recibía en casa como la misma religiosa nos dirá,

Así llegué a los ocho o nueve años, en que entró en casa de mis padres el entretenimiento o peste de las almas con los libros de comedias, y luego mi mal natural se inclinó a ellos, de modo que sin que nadie me enseñara aprendí a leer, porque a mi madre le había dado una enfermedad, que le duró dos o tres años, y en este tiempo no pudo proseguir el enseñarme, y me había dejado solo conociendo las letras. (Castillo, 1968, pág. 64)

Tercer objetivo, determinar cómo la obra *Vida* (1817) de la Madre del Castillo contribuye al reconocimiento del rol de la mujer en la Colonia. Para llegar a este objetivo se hará un rastreo de aquellos sucesos o momentos de la historia y de la obra misma en donde podamos identificar el rol de la mujer. Un rol que desde la obra parte de la misión de ser madre, pues la religiosa exalta la figura de su mamá a pesar de la enfermedad que va a padecer y de sus últimos días de vida junto a ella en el convento. A continuación, se tendrá presente el rol que desempeñaban algunas mujeres que no eran religiosas dentro del Estado, es decir, aquellas mujeres que para entonces eran consideradas doncellas, es decir la mujer virgen, la casada, la viuda, la soltera, y no podemos olvidar a la religiosa o monja.

La metodología de la presente investigación se instala en los estudios del proceso de análisis para determinar los elementos propios del género autobiográfico partiendo del estudio realizado por el francés Philippe Lejeune, y teniendo en cuenta su definición de autobiografía presentada al inicio de esta introducción. definición del cual, el mismo autor en su obra *Pacto Autobiográfico* (1986), nos dice que debió completarla y resignificar pues consideraba que a esta definición le hacía falta resolver ciertos problemas teóricos. Por lo tanto, la modificación de su definición es, “Relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad” (Lejeune, 1986, pág. 50). Con esta definición, Lejeune nos dice que la autobiografía pone en juego cuatro categorías: 1. Formas del Lenguaje; 2. Tema tratado; 3. Situación del autor, y 4. Posición del narrador (Cf. Lejeune, 1975, págs. 50-51). Además, realiza un estudio con los géneros vecinos como los llama él a quienes no cumple estas cuatro categorías o simplemente tiene unas de estas y le faltan otras.

No se debe olvidar que, “Para que haya autobiografía (y, en general, literatura íntima) es necesario que coincidan la identidad del autor, la del narrador y la del personaje.” (Lejeune, 1986, pág. 52). En otras palabras, lo que se quiere es comprender que este tipo de literatura es la historia del “Yo”. Y si realizamos un barrido superficial en la obra de la Madre del Castillo encontraremos varias citas o ejemplos de esta escritura en la que el pronombre personal hace su aparición dando énfasis y veracidad a lo que se ha escrito por su puño y letra.

Ahora bien, “el cuestionamiento interior del narrador-protagonista [...] se relaciona, además, con otra estrategia literaria frecuente en la narrativa de primera persona: el monólogo interior. A través de esta forma introspectiva —en su variedad de soliloquio— se transparenta el contenido psíquico y los procesos mentales” (Orozco, 1994, pág. 301) Con esto no tratamos de

decir que se trata de diálogos ajenos a la vida propia de la persona, sino que su ejercicio enriquece la narración autobiográfica. En la vida conventual y, de manera especial, en la época de la Madre Francisca, este tipo de estrategia literaria ayudaba en muchas ocasiones a pasar largas horas de oración, meditación y contemplación mientras las religiosas no ejercían alguna labor o trabajo dentro de la casa de formación (convento). Por esta razón, nos encontramos con una característica que alimenta la escritura en primera persona como lo es la contemplación. Un ejercicio que frecuentemente alcanzan aquellas personas que a través de ciertas prácticas de piedad alcanzan en su vida espiritual, y que les permite tener un mayor acercamiento con su amado, es decir, con su Dios y Señor.

La contemplación, por lo tanto, va acompañada de ciertas prácticas como la oración e incluso de la utilización de ciertos elementos que producen dolor, puesto que en aquella época se pensaba que mientras dolor padeciera la persona más cerca estaría de los padecimientos del mismo Señor en la cruz o simplemente sería una ayuda para vencer alguna tentación o aquello que no le permitía alcanzar una virtud. De hecho, encontramos que una de las cartas que se encuentran acompañada la obra de la Madre Francisca describe así la contemplación,

porque la contemplación pone en gran paz a todo el hombre interior, por más perturbado que antes estuviese, y por eso es en esta vida la tierra del descanso, y así dice bien, que en este modo de oración era tanto el gozo que no se echa menos el cielo, pues, por el grande exceso de amor, quedan las potencias [f. 14 r.] tan suspensas y absortas, que ni el cielo se apetece durante este gozo. (Guevara, 2007, pág. 45)

En vista de estas experiencias y de otras, como también de los estilos de escritura que complementa o dan forma a la literatura en primera persona podemos analizar los elementos que

caracterizan la autobiografía desde la perspectiva conventual como fundamento de la formación integral y femenina.

Sumando a lo anterior, nos encontramos con lo referente a la constitución de una identidad nacional literaria, para cumplir este propósito se tomará los estudios de literatura comparada realizados por Claudio Guillen en su libro *Entre lo uno y lo diverso*, que nos permiten determinar los aspectos propios de la identidad nacional desde la narrativa autobiográfica. Como también, los estudios de algunos autores y/o investigadores que abordan la perspectiva filosófica como literaria. Como los estudios y análisis de otros estudiosos del género autobiográfico como de la obra y vida de la Madre del Castillo.

Pero ¿por qué esta investigación? Cuando conocí en mis estudios de Literatura Colombiana la obra de esta escritora me produjo la curiosidad por descubrir cómo la lectura de dicha obra ha causado extrañeza y se ha convertido en manifestación principal de la literatura religiosa a lo largo de muchos años. Una literatura que para muchos está llena de “mitos” y de fantasías, que no permite tener un acercamiento real a la persona, a su ser, a lo que en sí es, en otras palabras, es una imagen que es desdibujada con el objetivo de resaltar o alabar aspectos de la vida espiritual y virtudes de la misma persona sin importar la verdad o la verdadera historia de esta.

Por ello, lo que he querido en esta investigación es ayudar a revelar esos rasgos característicos y elementos propios del género autobiográfico que sirvieron en la época de la Madre de Castillo a formar hombres y mujeres integrales, capaces de romper los paradigmas de una sociedad en la que no había una participación activa de la mujer, de una escritora, de una monja, de una mística; y, finalmente, resaltar la labor de muchos y muchas anónimas que nos han dejado la radiografía de una historia contada desde la vida misma.

Finalmente, daré mis conclusiones a lo largo de cada capítulo, el primer capítulo cuyo título es *Aproximaciones Hacia El Género Autobiográfica*, en el que se lleva acabo un amplio estudio sobre el género autobiográfico desde su nacimiento como de su mismo proceso y consolidación en el aspecto literario; el segundo capítulo , *El Yo Y La Nación*, nos cuenta teóricamente el problema de yo y su presencia como herramienta clave en la conformación del canon literario desde la escritura de la Madre del Castillo, y además, de ser un punto de referencia a la hora de hablar de una época propia de la consolidación de nuestra Nación como Estado. Y el tercer capítulo, *Mujer, no solamente con la pluma*, contribuye al reconocimiento del rol de la mujer en la Colonia. Recordemos que cada uno de estos han sido orientado en esta investigación por medio de la pregunta: ¿De qué manera la obra *Vida* (1817) de Sor Francisca Josefa de Castillo tiene aspectos que la identifican como una autobiografía y cómo está rompe todo tópico literario en la época Colonial?, destacando de está aquellas peculiaridades que hemos descubierto por medio de las distintas lecturas, sin olvidar que la principal fuente es y será la obra misma de la Madre Francisca.

Capítulo I. Aproximaciones Hacia El Género Autobiográfico

A lo largo de los siglos, la escritura, y de manera especial, las confesiones o autobiografías, son vistas como narraciones de la vida o parte de ella, escrita por el propio protagonista, de su puño y letra, mostrando su nacimiento, sus logros, sus fracasos, sus gustos, sus experiencias y los demás acontecimientos relevantes que ha vivido o que ha asistido. Pero, a pesar de ser obra del mismo autor, éstas han recibido algunos ajustes, cambios y hasta la omisión de algunos fragmentos con el objetivo de hacer un “bien” a la sociedad, para sus principios, para el fortalecimiento de la familia, y para la religión³. Iniciaremos determinando el género confesional para luego adentrarnos al género autobiográfico.

Ahora bien, ¿qué se entiende por confesión o literatura de la confesión? Primero, se debe comprender que este vocablo hace referencia a la declaración que realiza una persona, ya sea de manera espontánea, al ser preguntado por otro sujeto, o a través de un escrito, donde se percibe un vínculo entre la vida y el autor. Como diría María Zambrano⁴ en su obra *La confesión: género literario*, “La confesión surge de ciertas situaciones en que la vida ha llegado al extremo de confusión y dispersión. Para llegar a la necesidad de una confesión se necesita previamente estar en crisis. Es un género de crisis” (Zambrano, 2004, pág. 32). A pesar de ser considerado un género de crisis [siguiendo a Zambrano], la confesión ha permitido que personas como Agustín

³ Estos ajustes se harán presente en cada una de las ediciones de la obra *Vida* de la Madre Francisca Josefa de Castillo. Podemos encontrar que la primera edición en Colombia de Darío Achury Valenzuela (1968), como las ediciones de Ángela Inés Robledo (2007) y, Beatriz Ferrús Antón y Nuria Girona Fibla (2009). Cada una de estas ediciones “organiza” la obra *Vida* (1713) teniendo presente la original o la anterior edición. Es así, que Achury va a darle títulos a cada capítulo, Robledo respetará esos títulos, pero con algunas modificaciones al igual que lo hace Ferrús, quien además de los cambios de título omite algunas anotaciones de la foliación de la obra argumentando que éstas pueden llevar a confundir al lector.

⁴ Autora que seguiremos para determinar el género confesional.

de Hipona⁵ y Juan Jacobo Rousseau⁶, dejaran un legado de su *vida* y obra en manos de sus lectores y de sus críticos. De esta forma, la confesión es vista como esa posibilidad de conocer o llegar a conocer una persona por cada una de las características y elementos que este género contiene. Muy diferentes a los de la novela u otro género que se asemeje a la misma.

Dentro de este estudio que va haciendo Zambrano, realizará un cuadro paralelo entre la novela y la confesión, pues ve que la novela al ser una narración va relatando lo sucedido en la historia de su personaje, en el que se plantea un contexto, un espacio y un tiempo, empero, se aleja del género de la confesión en el sentido al orden del sujeto y del tiempo, como también de lo que este tipo de narración pretende.

La novela [...] es un relato [al igual que la confesión]. Pero la diferencia es doble, en orden al sujeto y en orden al tiempo. Y en consecuencia o más bien previamente, hay otra diferencia fundamental, entre lo que pretende el novelista y lo que pretende el que hace una confesión. (Zambrano, 2004, pág. 25)

En párrafos más adelante, no solamente veremos este símil entre la novela y la confesión, sino también entre la novela y la autobiografía.

Con lo anterior, estamos identificado características y elementos que nos permite tener claridad de estos géneros literarios de carácter narrativo personal. Tanto así, que, “lo que diferencia a los géneros literarios unos de otros, es la necesidad de la vida que les ha dado origen”. Y no solamente, una narrativa que busca entretener y dar vida a personajes de ficción que se alejan del tiempo y espacio real de su autor, protagonista y narrador. De hecho, “no se escribe ciertamente por necesidades literarias, sino por necesidad que la vida tiene de

⁵ Pensador cristiano, nacido en Tagaste en 354 – Hipona, muere el 28 de agosto de 430, es un santo, padre y doctor de la Iglesia Católica.

⁶ Hombre polifacético nacido en Ginebra el 28 de junio de 1712 – Ermenonville, y muere el 2 de julio de 1778. Fue a la vez escritor, pedagogo, filósofo, músico, botánico y naturalista.

expresarse”. (Zambrano, 2004, pág. 25). Una necesidad que en ocasiones se ve enmarcada por acontecimientos llenos de dolor, tristeza, sufrimiento, de sin sentido de la misma vida, es como si fuéramos unos ratones de laboratorio a quienes nos observan y de acuerdo con una serie de estímulos hacen que actuemos conforme a lo que otras personas quieren sin importar la misma realidad de lo que somos, y lo que verdaderamente queremos.

Por lo tanto, podemos ver cómo este género de la confesión permite ser una herramienta para conocer la verdad de quien confiesa su experiencia de vida o como diría Foucault, “la confesión se convirtió, [...], en una de las técnicas más altamente valoradas para producir lo verdadero.” (Foucault, 2007, pág. 74). En otras palabras, se ha convertido la literatura confesional en una metamorfosis literaria en la que no solamente se narra lo que se vive, siente, piensa y sueña sino también en la misma vida de la persona que plasma su confesión⁷. En palabras de Foucault la confesión es todo un ritual

[...] de discurso en el cual el sujeto que habla coincide con el sujeto del enunciado; también es un ritual que se despliega en una relación de poder, pues no se confiesa sin la presencia al menos virtual de otro, que no es simplemente el interlocutor sino la instancia que requiere la confesión, la impone, la aprecia e interviene para juzgar, castigar, perdonar, consolar, reconciliar; un ritual donde la verdad se autentifica gracias al obstáculo y las resistencias que ha tenido que vencer para formularse; un ritual, finalmente, donde la sola enunciación, independientemente de sus consecuencias externas, produce en el que la articula modificaciones intrínsecas: lo torna inocente, lo redime, lo purifica, lo descarga de sus faltas, lo libera, le promete la salvación. (Foucault, 2007, pág. 78)

⁷ Para nosotros, la verdad y el sexo se ligan en la confesión, por la expresión obligatoria y exhaustiva de un secreto individual. (Foucault, 2007, pág. 78)

En fin, la confesión permite en pocas palabras que el autor de esta sienta un descanso de esa necesidad de compartir su existencia, lo que está siendo, haciendo e irá a hacer. No como en el caso de la autobiografía que se revela el autor a sí mismo, con sus talentos, sentimientos, valores, familia, avatares, sueños, etc.

Suma a lo anterior, se hace necesario ahora hablar de la autobiografía como ese proceso que permite al escritor con ‘absoluta libertad’, como se dijo anteriormente, expresar sus ideas o sentimientos, en otras palabras, de hablar de su vida. Este género está muy ligado al de la confesión, pero ¿cuál es su relación con la autobiografía?, ¿qué es la autobiografía? ¿Qué entendemos por ella? ¿Cuáles son las variantes del género autobiográfico? ¿Es lo mismo la confesión⁸, las memorias, el diálogo, los libros de familia, entre otros géneros o subgéneros a la autobiografía?

Según estudios del francés Philippe Lejeune es un “relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, en tanto que pone el acento sobre su vida individual, en particular sobre la historia de su personalidad” (Lejeune, 1986, pág. 11). Es, en otras palabras, la manera de revelarse (darse a conocer) una persona para que la puedan leer, sentir, percibir y conocer tal cual es.

A pesar, que Lejeune nos ha dado una definición del género autobiográfico, considero que se hace necesario conocer grosso modo todo el proceso que este estudioso realizó para llegar a definir la autobiografía, como ya se dijo anteriormente y, como la conocemos actualmente, para así, adentrarnos a la misma en la época en la que fue escrita *Vida* de la Madre Francisca Josefa del Castillo.

⁸ Aunque de este género ya hemos hablado al inicio de este capítulo.

Partamos, del hecho que Philippe Lejeune es uno de los mayores teóricos contemporáneos sobre el género autobiográfico, quien por medio de sus investigaciones ha analizado, reflexionado, estudiado y criticado sus propias teorías como la de otros teóricos sobre este tema⁹. Por eso, en su obra, *El pacto autobiográfico y otros escritos* (1986), pretende que esta sea, “una forma de contrato entre el autor y lector en el que el autobiógrafo se compromete explícitamente no a una exactitud histórica imposible sino al esfuerzo sincero por vérselas con su vida y por entenderla”. (Lejeune, 1986, pág. 12). Es decir, que el camino al que nos quiere llevar Lejeune es a reconocer la identidad misma del autobiógrafo; una identidad que es compartida no solamente por él como autor sino también la del narrador y protagonista de un escrito autobiográfico.

En su definición de autobiografía, Lejeune nos dice que la autobiografía es un relato, porque la forma del lenguaje escrito que allí se utiliza es una narración en prosa, y, este relato, va siguiendo la historia del individuo real (de carne y hueso) a lo largo del tiempo y del espacio en el que se va edificando su propia existencia. Además, nos recuerda que el tema que se maneja en la autobiografía es la vida misma sin exagerar o inventar cosas como quien cuenta verdades a medias con el objetivo de que se le vea como una persona importante o como conquistador de mundos como los personajes de los escritos medievales. De hecho, hay quienes dicen que la autobiografía es de la clase media baja de la sociedad. Por este motivo, Lejeune afirma que esas personas no son sinceras consigo mismas ni con sus lectores, ya que pretenden ser como el buzo

⁹ Otros teóricos como Paul de Man (1919 – 1983) crítico literario belga, quien hacia 1979 se quejaba de la esterilidad de las discusiones acerca de la autobiografía como género; Avrom Fleishman (1933) estadounidense, sostenía en 1983 que la autobiografía no tiene [...] historia como género. Y, Linda H. Paterson, ve en la autobiografía como una tradición genérica para cada uno de los personajes de sus libros. (Lejeune, 1986, págs. 10-11.)

que se mete al mar sin su tanque de oxígeno, pretendiendo que con sus conocimientos y experiencias puede superar las adversidades que encuentre en el mar.

Admiro a esa gente que cree que han nacido, que parecen saber qué es el nacer [...]. Al leer esas autobiografías tenemos la impresión de que su nacimiento es como un terreno que ellos tienen en el campo o como un diploma. (Lejeune, 1986, págs. 183-189).

Por esta razón, tanto el autor como el narrador deberá ocupar su rol sin el temor de perder su estatus dentro de la misma autobiografía. Ya que lo que se ha escrito es la propia existencia de una persona real y no ficticia como sucede en la novela autobiográfica¹⁰. Recordemos que la ficcionalidad es uno de los rasgos que caracteriza a la novela frente a la autobiografía, y como hemos ido identificando, la autobiografía busca ser fiel a los hechos que vivió el autobiógrafo, alejándose de la novela cuya estructura nos permite ir reconociendo una sucesión de escenas o cuadros de ambientes o acontecimientos vividos por su protagonista que el autor quiere dibujar apartándose de la verdad y realidad tal y como es. Mostrando unos personajes que entran y salen como si estuvieran en una obra de teatro o en una pasarela de moda, o simplemente como si pasaran por ahí para ambientar la historia y darle un carácter específico impuesto por su autor.

Lejeune trabajó varios problemas de la autobiografía frente a otros subgéneros que buscaban desacreditar la importancia de esta, mostrándola como un género que los complementa o simplemente que está ahí para justificar unos hechos históricos sin darle el verdadero valor de identidad que el autobiógrafo da de sí, de su protagonista y narrador. En otras palabras, es consciente que el camino para llegar a dar una respuesta es de tropiezos por las discusiones clásicas que se dan al respeto de esta. Discusiones como la relación entre la biografía y la autobiografía, relaciones entre novela y la autobiografía. Problema que ha llevado a repetir los

¹⁰ Es un género literario perteneciente a la narrativa, en el que predomina, la ficción o mentira en cualquier materia según una de las acepciones de la RAE. Alejándose de la verdad de la vida de su autor, protagonista y narrador.

mismos argumentos, a reutilizar o darle rodeo un vocabulario empleado a la hora de hablar de autobiografía, llevan en ocasiones a “campos sin posible comunicación entre ellos. (Cf. Lejeune, 1986, págs. 49-50 ss.).

Teniendo presente lo anterior, ahora sí veamos el proceso de la autobiografía en el periodo histórico en el que vivió la Madre del Castillo, observemos algunos elementos, espacios y acontecimientos que hacen posible afirmar que su obra *Vida* es una autobiografía.

Comencemos diciendo que, en la época de la Colonia, se hacen muy famosas las autobiografías de las mujeres¹¹, la autobiografía conventual o espiritual, y de manera especial la escritura de las religiosas se convierte para esta época, en testimonio de la escritura colonial hispanoamericana. En otras palabras, la historia de la literatura de mujeres está ligada a la historia de los conventos.

El desarrollo del género en Hispanoamérica se inicia a finales del XVI y continúa hasta la primera mitad del siglo XVIII. Herederas de esta tradición son las monjas místicas de la Nueva España, quienes rompen con los límites de lo racional y construyen un espacio marcado por un deseo femenino potencialmente transgresor. (Cf. Llanos, 1994, págs. 23-24).

Ciertamente, este género narrativo marcó y determinó un punto intermedio entre la literatura y lo histórico. Enfatizando en el estudio de sor Francisca Josefa de Castillo y Guevara, se debe tener presente, el periodo que abarca la vida de esta religiosa como ya se indicó anteriormente (1671 – 1742). Y, sobre todo, el ciclo donde nace se desenvuelve, y muere de Castillo, donde se forma como hija, como mujer, como escritora y como religiosa.

No podemos desconocer el papel y todo el proceso de la transculturación que se realiza a los indígenas, y a quienes no hacen parte de la “raza pura” frente a la decisión y cambios

¹¹ Como la de Sor Juana Inés de la Cruz, Catalina de Erauso, entre otras.

realizado por la corona. Al respecto nos dice Ortiz, “La corona española organizó una administración centralizada, con gran número de funcionarios que debían garantizar el traspaso de las riquezas americanas a la península ibérica.” (Ortiz Bedoya, 2010).

La cultura fue estimulada especialmente por los religiosos y sacerdotes, quienes evangelizaron a los indios, fundaron colegios y universidades, lo anterior se ha determinado como transculturación. Además, cabe recordar que hay una cultura en la que las mujeres son vistas solo como parte de servicio a los hombres en los quehaceres del hogar, y quienes no lo hacían ingresaban a un convento o monasterio, al respecto se nos dice,

Los conventos coloniales fueron, [...], el refugio de mujeres con capacidades intelectuales y autonomía, escritoras muchas de ellas, que se vieron restringidas a esos lugares a causa de las condiciones de hostilidad y las grandes limitaciones de un entorno misógino que sólo permitía a las mujeres un espacio psicológico o interno para expresar su individualidad. (Castillo, 2007, pág. XXXII)

Estos acontecimientos mencionados hasta ahora nos permiten analizar y comprender la causa y vivencia de la Colonia en Colombia, y cómo influye esto en la vida personal y religiosa de la madre Josefa del Castillo, a partir de aspectos socioculturales y políticos, religiosos y familiares.

Por un lado, encontramos una economía que para dicha época era determinada por la labor que desempeñaba, ya sea desde el comercio, la agricultura y la minería. “La sociedad se encontraba dividida en varios grupos según el color de la piel y las riquezas, destacándose los peninsulares y criollos que predominaban sobre una gran masa de mestizos, indígenas y negros”. (Ortiz Bedoya, 2010).

Desde esta mirada histórica, sociocultural, económica y eclesiástica en la que la escritura juega un papel importante en la formación de la Madre Francisca, se analizará cada una de sus palabras contenidas en su obra *Vida*, para descubrir los aspectos vocacionales para el hombre y la mujer del hoy, al igual que el fortalecer una educación humanística de quienes no optan por la vida religiosa.

“La mujer que toma la pluma «carece de ciencia y de industria», pero no por ello deja de otorgar gloria a Dios; es más: Dios la escoge por encima de los ángeles y de los hombres doctos para dictarle su obra”. (Ferrús Antón , 2008, pág. 32).

Rasgos De La Escritura Conventual

La investigadora Beatriz Ferrús, realiza una investigación en la que busca analizar la escritura femenina en las épocas del Romanticismo y el Barroco. Épocas en las cuales los conventos se convierten en lugares privilegiados para la exploración y el nacimiento de escritoras y obras como identidad de sus emociones, sentimientos y experiencias místicas. Incluso la cita anteriormente escrita es muestra de cómo se veía a una mujer que escribiera. Puesto que, para este periodo histórico, las mujeres tenían “doble opción vital: matrimonio o convento.” Aunque también podemos pensar en otros dos subestados de acuerdo con la cultura, es decir, esclavas y viudas. Pero en nuestro caso, nos interesa la escritura que se produce en el convento. “[...] el convento la[s] dotaría de la posibilidad de escribirse como mujer. Escritura de mujeres y escritura conventual se convierten en sinónimos durante esta época.” (Ferrús Antón, 2008, pág. 32). Es por ello, que los conventos eran “considerados auténticas «repúblicas de mujeres», por lo que se vivía y compartía en el interior de estos.

Ahora bien, lo que podemos encontrar en los conventos en referencia a narraciones escritas, “[...], serían las vidas, biografías y crónicas, donde las monjas hablan de ellas mismas, de su pensamiento, pero también de su cuerpo, aquellos textos más demandados por los confesores y más practicados en la tradición conventual.” (Ferrús Antón, 2008, pág. 32).

Empero, no podemos olvidar que estos escritos están marcados por un aspecto que los une e identifica; la gracia mística. Gracia que se ve reflejada en ese deseo de estar constantemente en relación con Dios, de poder mortificar su cuerpo y su ser para asociar su sufrimiento con la Pasión de Cristo.

Ferrús nos recuerda que esta labor de las monjas era, en muchos casos, producto de las lecturas que ellas realizaban en sus horas de ejercicios espirituales. “Muchas habrían de ser las escritoras que tratarían de emular a Santa Teresa, pues encuentran en las vidas un lugar de participación que compensa el veto de la mujer al estudio de la teología” (Ferrús Antón, 2008, pág. 33). Estudio reservado para los hombres, pues, “escribir «sin ciencia» y «sin industria» es la escritura de la vivencia, de la sinceridad de corazón, de la misma gracia.” (Ferrús Antón, 2008, pág. 33).

Si la escritura de vida daba a las monjas la posibilidad de escribirse y de escribir su deseo, gesto totalmente inédito para las mujeres de este tiempo, no debe olvidarse, que se escribía para un destinatario-marco, el confesor, que solicitaba u ordenaba la redacción de la vida. La libertad no guía la mano, sino que cada palabra se somete a una estrecha auto vigilancia. La escritura de mujeres es «labor de manos»

Lo anterior, nos aporta dos elementos para el análisis de la escritura femenina o conventual. El primer elemento que tenemos es la autoridad o la persona encargada de dar la orden para que las monjas escribieran su vida, sus confesores, como es el caso de la Madre del

Castillo, o la Abadesa como en el caso de santa Teresita del Niño Jesús. Se ha afirmado, además, que quien solicitaba estos escritos los veía como una confesión escrita ya que no existía para la época un capellán o sacerdote que estuviera todos los días en los conventos.

El otro elemento es la auto vigilancia, cuya acción va relacionada con lo que se dijo anteriormente de la confesión escrita y sobre todo para que no se escribieran textos que estuvieran en contra de la ortodoxia de la Iglesia. “Muchas veces la redacción es en sí misma una confesión, que el sacerdote demanda en papel para poder examinarla hasta la minucia” (Ferrús Antón, 2008, pág. 34), añade, “Las vidas de monjas deben leerse entre líneas, sopesando cuidadosamente tanto sus palabras como sus silencios” (Ferrús Antón, 2008, pág. 34). Estos elementos, nos lleva a preguntarnos si todos los escritos que conocemos de las religiosas en los conventos son originales o son extractos de originales acomodados por los confesores o abadesas para no juzgar a las religiosas escritoras. ¿Será que muchos escritos tienen mucha fantasía que se separa de la real vida de las monjas?, estas y quizás otras preguntas nos pueden suscitar cada vez que vamos conociendo los estudios e investigaciones de quienes han dedicado su vida sobre este tema.

No podemos concluir este capítulo sin antes hablar de los géneros o subgéneros que acompañan a la autobiografía o la narrativa de tipo personal para poder en sí determinar si la obra de la Madre Francisca Josefa de Castillo es o no una autobiografía. A respecto de esto, el profesor y escritor James Amelang nos dice,

Distinguir las características propias de la autobiografía es tarea difícil. Tanto los historiadores de la literatura o de la filosofía tradicionales como los críticos formalistas más recientes han considerado, casi siempre, que los textos posteriores a Rousseau marcan el nacimiento del género autobiográfico. (Amelang, 2003, pág. 16).

Con la anterior afirmación que nos hace Amelang, nos confirma que la obra de la Madre Francisca está en el rango del género autobiográfico, pues a ella la ubicamos cronológicamente hacia finales del siglo XVII e inicios del XVIII (1671 – 1742), y Rousseau (1712 – 1778) está ubicado en el siglo XVIII. Además, Amelang continúa poniendo en común la postura del especialista Philippe Lejeune, quien nos dirá algunas características de la autobiografía, recordemos su definición de autobiografía “es un relato retrospectivo en prosa, ordenado cronológicamente y cuyo tema central es el desarrollo de la personalidad del autor” (Amelang, 2003, pág. 17).

Vida, Escritura Del Yo Autobiográfico

En consecuencia, con lo dicho hasta ahora, no podemos dejar de lado los estudios sobre la forma de la escritura autobiográfica y su definición para poder así, llegar a determinar a qué forma escritural pertenece la obra de la Madre Francisca. Seguiremos el esquema propuesto por Amelang, es decir, poniendo en común su estudio y relación con: autobiografía, memorias, diario, libro de familia, autobiografía espiritual, crónica personal, relatos de viajes.

Autobiografía

“La autobiografía como texto retrospectivo que estudia y evalúa el desarrollo interior del sujeto” (Amelang, 2003, pág. 17). A partir de esta afirmación, Amelang, nos confirma que la autobiografía primero es un texto. Un texto que tiene unidad, es decir, que cada una de las ideas de su autor tiene cohesión y coherencia, pero, además nos dice que este texto es retrospectivo, ya que tiene en cuenta sucesos o desarrollos de la vida de quien escribe, en otras palabras, le describe al lector acontecimientos específicos desarrollados en la historia del autor de la

autobiografía. Y como segundo, tenemos que dicha narración textual, estudia y evalúa la subjetividad del escritor, ya que éste se nos revela a través de cada una de sus palabras en las que nos permite tener un acercamiento a su pensar, a su sentir y a su forma de relacionarse con su entorno. Por lo anterior, se puede decir que la obra de la Madre Francisca cumple hasta ahora en pertenecer a la forma de la autobiografía presentada por Amelang.

Otra tentación padecía también, que era un continuo y grande temor y pavor de todo, hasta de cosas muy leves; que, aunque así dicho, no parece nada, pero padecido es mucho porque es un continuo estar muriendo y temblando; como los reos de grandes delitos que cada ruidito les parece es abrir la cárcel a notificarles la sentencia de muerte (Castillo, 2007, pág. 211).

De la anterior cita, se puede deducir cómo la madre de Castillo realiza un diagnóstico de su ser como persona integral, es decir toca su vida cotidiana y la confronta con su vida espiritual, dejándonos entrever o percibir cuan afligida es la vida de quien busca y quiere agradar a su Dios y Señor en medio de las vicisitudes que le ofrecen el mundo terreno. Además, “eran penas que Dios quería que pasara, y que Su Divina Majestad había padecido tanto, y decía aquello de sí mismo, y que era nada lo que yo padecía, a vista del mar de su pasión” (Castillo, 2007, pág. 180).

Memorias

Continuando con el estudio de las formas de escritura, miremos ahora lo correspondiente a la memoria.

Esta forma se ha definido oportunamente como un texto que “relata la historia del autor en calidad de testigo de un pasado real que considera de interés e importancia

extraordinarios [...]. La identidad personal del memoriógrafo no descansa en su percepción de sí mismo como entidad emocional, intelectual o espiritual en desarrollo, sino en su posición entre los hombres, en su papel en la sociedad” (Amelang, 2003, pág. 18).

La memoria, por lo tanto, se aleja de la autobiografía, ya que su escenario es el exterior del autor, pues su mirada está más centrada en describir lugares, hechos, personas y actitudes percibidas por el mismo, pero que no tiene una mayor relevancia en lo interior de este. Es como se nos dice en la cita, ese “testigo” al que no se le escapa ningún detalle por muy insignificante que sea, ya que puede narrar el mismo evento sin olvidar o saltar una coma de ese pasado que influyó en la vida del autor de una autobiografía. Además, busca resaltar su influencia o papel en la sociedad a la que perteneció o pertenece, dejando de lado el discernimiento y la reflexión que haga el autor en relación con momentos que lo llevaron a cuestionar su existencia, su quehacer y su relación con el otro (o con un ser superior en algunos casos).

Empero, la memoria no es algo negativo sino todo lo contrario, ya que es un elemento importante a la hora de escribir una autobiografía. Con la memoria el escritor puede ubicarse y ubicar al lector en un contexto, le permite al mismo iluminar aquellos detalles que en ocasiones por el tiempo van perdiendo su importancia, pero con ella [la memoria] se recuerdan y se les da nuevamente vida. Es interesante ésta forma de escritura porque no solamente evoca los recuerdos, sino que lleva al sujeto a experimentar de nuevo esa retrospectiva de su yo en aquellos momentos que marcaron su vida.

Al respecto, Agustín de Hipo nos dice sobre la memoria en su obra *Confesiones X*, 9, 16:

Pero no son estas cosas las únicas que encierra la inmensa capacidad de mi memoria. Aquí están como en un lugar interior remoto, que no es lugar, todas aquellas nociones aprendidas de las artes liberales, que todavía no se han olvidado. Mas aquí no son ya las imágenes de

ellas las que llevo, sino las cosas mismas. Porque yo sé qué es la gramática, la pericia dialéctica, y cuántos los géneros de cuestiones; y lo que de estas cosas sé, está de tal modo en mi memoria que no está allí como la imagen suelta de una cosa, cuya realidad se ha dejado fuera; o como la voz impresa en el oído, que suena y pasa, dejando un rastro de sí por el que la recordamos como si sonara, aunque ya no suene; o como el perfume que pasa y se desvanece en el viento, que afecta al olfato y envía su imagen a la memoria, la que repetimos con el recuerdo; o como el manjar, que, no teniendo en el vientre ningún sabor ciertamente, parece lo tiene, sin embargo, en la memoria; o como algo que se siente por el tacto, que, aunque alejado de nosotros, lo imaginamos con la memoria. Porque todas estas cosas no son introducidas en la memoria, sino captadas solas sus imágenes con maravillosa rapidez y depositadas en unas maravillosas como celdas, de las cuales salen de modo maravilloso cuando se las recuerda. (Hipona, 1948, pág. 403).

Por consiguiente, la memoria es como un rizoma, porque esta aprende las multiplicidades de la vida , y en la misma se hace presente no solamente los detalles descriptivos de un lugar, como su casa, escuela, patio o jardín, sino también, donde se ponen de manifiesto los sentimientos de felicidad o de tristeza, y las emociones que se vivieron y se viven cada vez que se trae a la mente esos hechos, personas o palabras que dejaron un sello indeleble en el corazón del autobiógrafo, así cómo nos dice la Madre Francisca “a pensar y considerar delante del Señor todos los años de mi vida en amargura de mi alma, pues todos los hallo gastados mal, y así me aterro de hacer memoria de ellos”. (Castillo, 2007, pág. 54). Qué tan difícil es para las personas tener que escribir y recordar aquellos momentos de su vida que pensaron que ya habían sepultado, confiados que en el mañana una nueva luz brillará ante aquella noche de tinieblas y oscuridad, pero que si se quiere sanar el alma y a la persona de aquellos recuerdos que están en la

memoria no hay mejor medicina que hablar de ellos a pesar del dolor, sufrimiento y terror que estos nos causen como nos ha dicho la madre Francisca.

Sin duda este elemento de la memoria es y será indispensable para poder escribir de forma cronológica la vida de cada autor, su familia, su sociedad y sus impresiones de ese mundo exterior e interior de cada persona que ha querido y quiere darse a conocer (o lo han dado a conocer) por medio de sus escritos autobiográficos. La madre de Castillo en *Vida* irá narrando y presentándonos a cada uno de los miembros de su familia, de las personas que colaboran en su hogar, de las religiosas que la van a apoyar como de aquellas que van a hacer de su estancia en el convento un tormento. Además, encontraremos momentos en los que nos hablará de las dificultades que vive una persona que es ajena de la vida espiritual. Aunque todos estos recuerdos que ha ido plasmando en su obra los ha realizado por mandato, obediencia y el bien de su alma. al respecto nos dice,

Nuestro Señor le pido me avise si es esto lo que Vuestra Paternidad me mandó, o he excedido en algo, y si será este camino de mi perdición, como me afligen algunas veces terribles temores, que me parecen me atan de pies y manos. Puede ser lo haga el enemigo para que no corresponda con el agradecimiento que debiera, a los beneficios de mi Señor y Dios. (Castillo, 2007, pág. 276).

Diario

“es «un registro personal de lo que interesaba a su autor, quien solía elaborarlo a diario, con entradas independientes para cada día [...] y con un estilo por lo general desprovisto de una presentación ordenada»”. (Amelang, 2003, pág. 20). El diario como aquella tradición escrita constituye como lo analizamos con la memoria en un elemento esencial para la constitución y

creación de la autobiografía. Ciertamente, en un diario podemos encontrar “un registro” de cada uno de los sucesos que vivió el escritor día a día, es decir, sus impresiones, sentimientos, emociones y aquello que le parecía más importante para consignarlo en su cuaderno (diario).

Ciertamente, lo que es más importante o interesante del estudio de los diarios, es la posibilidad que nos brinda de verificar y confirmar que aquello que encontramos en una autobiografía, es verídico y por ende no está lleno de elementos fantasiosos o míticos. Ésta forma de escritura es una categoría principal en el estudio que realiza Amelang sobre la autobiografía popular en la Europa Moderna. Ya que los diarios trataban (o tratan) sobre cada una de las personas que comparten con el autor, y en la mayoría de los casos familiares, amigos de la familia y personas que son consideradas importantes para su vida. Además, en ellos se encuentran noticias de personas, algunas referencias de cartas o mensajes que impactaron su día, su labor en algún trabajo o actividad ya sea recreativa o académica; temas sobre lo religioso, político, sociales y hasta militares.

Sin embargo, a pesar de que los diarios tienen cada uno de los temas anteriormente mencionados entre muchos otros, no son una autobiografía, a pesar de que en ellos se encuentran apreciaciones introspectivas de ese yo que se da a conocer mediante la escritura de sentimientos y apreciaciones. Pero también, como se menciona en la cita de Amelang, “es «un registro personal de lo que interesaba a su autor, quien solía elaborarlo a diario, con entradas independientes para cada día [...] y con un estilo por lo general desprovisto de una presentación ordenada»”. (Amelang, 2003, pág. 20), su estructura no lleva un orden cronológico desde su infancia, sino que es a partir de los intereses de quien escribe el diario, quien determina qué escribe, cuándo, dónde y cómo escribir.

El diario es de carácter muy personal y privado, y en el que su autor prefiere que sus escritos queden bajo ese nivel de lo prohibido para los otros, ya que en ellos como lo hemos enfatizado, se encuentra escrito intereses y preocupaciones, que mezclan lo personal con asuntos públicos, y de la vida íntima y privada del mismo. En ellos se pueden encontrar, además, confesiones, amores, odios, y su fin de temas que para el momento que el escritor lo consigno fueron importantes.

Por estas razones, podemos preguntarnos ¿la obra *Vida* tiene matices de diario? La pregunta en sí pareciera decir que es evidente que la puesta en escena de algunos momentos y acontecimientos que la madre Francisca vivió son un proceso diario consignado en su obra. Al mismo tiempo, estos matices de diario se hacen evidente ante la realidad de su vida cotidiana en el claustro como de su misma experiencia mística. A lo que nos permite consignar otras preguntas de las cuales serían punto de partida de futuros trabajos sobre *Vida*, ¿podemos hablar de un diario íntimo dentro de la autobiografía? ¿Cuál es el diálogo que hay entre su protagonista y él o ella misma como receptor de este? ¿Qué papel desarrolla la experiencia y conexión con Dios?

Libro de Familia

“«Formas de escritura populares, parecidas a los diarios, cuyo objetivo (y también sujeto) principal es la familia, a cuyo complejo aparato memorístico contribuyen»”. (Amelang, 2003, pág. 22). De entrada, se nos está diciendo, que los libros de familia son similares a los diarios, pues comparte con el diario su estilo de escritura discontinua, pero se alejan de ellos, ya que no se encuentra referencia explícita de la experiencia individual (sentir individual).

Como sugiere la anterior definición de Amelang, el ‘objetivo y sujeto es la familia’, una familia que se convierte a la vez en el contenido y tema de los asuntos que se quieren escribir, al igual que es el contexto, porque es el eje donde se lleva a cabo los sucesos de esta institución.

Sus temas no son muy ajenos a los que vimos anteriormente en el diario. En los libros de familia, por lo tanto, encontramos temas relacionados con las cosechas, el tiempo, asuntos económicos (precios), los desastres, enfermedades, delitos y castigos, y aquello que le compete a cada familia (incluso en nuestros días) la problemática de herencias y patrimonio. “Los libros de familia solían registrar mucha más información de interés y uso familiar, tanto en el sentido más restringido de núcleo doméstico como en el más amplio de grupo de parentesco”. (Amelang, 2003, pág. 23). En otras palabras, su énfasis estaba centrado en determinar el interés familiar, teniendo presente el pasado como herramienta que les permitía llevar un orden en lo referente a las genealogías, y al mismo tiempo determinar la responsabilidad de cada miembro de la familia.

En la obra *Vida* (1817), la madre de Castillo parte desde su pertenencia a una familia, de contar y compartir con nosotros como sus lectores de lo que ella percibía y había recibido de sus padres, de la situación familiar (aunque de forma muy sencilla), ante estos hechos, no considero que se pueda incluir la obra de la madre Francisca como parte de los libros de familia según nos ha descrito Amelang. Aunque sí es importante tener presente que la familia para la madre es un pilar, un apoyo y su preocupación por ella la lleva a tener en el convento a su mamá y a una de sus hermanas después que estas enviudan, de este tema hablaremos en el capítulo III de este estudio.

Autobiografía Espiritual:

“No sorprende que la autobiografía espiritual y otros escritos personales inspirados en la fe interior cobran importancia en una era que no hacía sino ensalzar el valor de la experiencia religiosa individual”. (Amelang, 2003, pág. 24). Se puede determinar, que la escritura de autobiografía espiritual es la representación y manifestación de hombres y mujeres quienes tienen o viven una experiencia religiosa.

Determinar o señalar aquí una estructura propia de la autobiografía espiritual como se ha realizado con el Diario y los Libros de Familia, es algo ambiguo, puesto que cada persona vive una historia ya sea en su hogar, en un monasterio o convento e incluso en su introspección y meditación personal, que los lleva a tener una experiencia distinta de la manifestación divina.

Entre estas historias personales están las autobiografías y los diarios espirituales que escribieron miembros del clero sobre (todo monjas) de baja extracción social, como Ana de San Bartolomé, compañera íntima de Santa Teresa, pastora iletrada antes de ingresar en la orden de las Carmelitas Descalzas. También hay ejemplos de escritores laicos populares llevados al acto autobiográfico por sus profundas creencias religiosas. (Amelang, 2003, pág. 24).

Se puede identificar que esta forma de escritura espiritual no era propia de los sacerdotes, religiosos o religiosas, sino también de hombres y mujeres comunes (como nosotros) que llevan una vida de austeridad, de servicio y de compromiso con Dios, con los otros y consigo mismo. Amelang, nos recuerda que estas autobiografías espirituales no se dieron solamente en el contexto católico sino en el ámbito protestante. Los protestantes tienen ritos y acciones que les permite vivir una experiencia personal e íntima de la presencia de Dios en sus vidas y en su corazón.

La escritura autobiográfica espiritual, por lo tanto, exige de su autor un compromiso de compartir con los demás su vida personal, pero de manera esencial aquellos momentos en los que la presencia de lo divino se hace presente, exigiendo de ellos una respuesta, un cambio y porque no una conversión de su pensar y sentir. Dentro de esta forma de escritura podemos ubicar la obra de la Madre Francisca, aunque aún debemos seguir analizando y estudiando elementos, características, acontecimientos y modos de composición para ubicarla en una de estas formas que nos presenta Amelang.

Cualquiera que supiera esto, podía pensar que yo había de ser buena religiosa, pues así me animaba Nuestro Señor. ¿Y qué dirá quien ve que solo he sido, y soy, un inútil estorbo? ¡Oh, Dios mío, pues no he sido para ningún bien de nadie, antes quizá para mucho mal, ¡haced misericordiosamente que no se pierda en mí el valor de tu sangre santísima! (Castillo, 2007, pág. 90).

Crónica Personal

Amelang, por medio de su propuesta de forma de escritura que contribuyen a la creación de un texto autobiográfico, nos presenta a la crónica como elemento para ordenar el itinerario de la vida misma.

Íntimamente ligada a todas esas tradiciones de escritura autobiográfica, se dio lo que podría llamarse crónica personal o en primera persona. Era el lado subjetivo, el lado menos visible de la escritura primordialmente objetiva, es decir, de aquellos anales aparentemente impersonales sobre sucesos locales o foráneos, que sin embargo fueron escritos todos ellos desde una perspectiva personal; y de los que el autor, hombre o mujer,

se sirvió como medio para insertar su propio testimonio y, a veces, abiertamente para defenderlo. (Amelang, 2003, pág. 25).

Por lo tanto, podemos afirmar que la crónica personal se asemeja a la autobiografía en la medida que es un escrito de orden cronológico. Además, este estilo de escritura tiene como riqueza principal el “yo”, de quien escribe. Un yo que lo lleva a retomar el hecho o los hechos ya sea para darle un nuevo sentido, renovarlo, inundar de detalles a través de su experiencia de una mirada no de espectador sino de protagonista y de autor mismo. Y a través de estos instrumentos enriquecer la escritura.

Marca esta crónica personal la diferencia con la autobiografía el hecho en que en éstas se dan testimonios que son defendidos en muchas ocasiones por el autor o justificándolas. En cambio, en la autobiografía los testimonios que se dan son de carácter personal y no se justifican o se defienden, ya que es la vivencia personal del autor quien es el pretexto y contexto, el sujeto y objetivo de su escrito. Al respecto, “No me osaba acordar de las cosas con que Nuestro Señor me había consolado, porque decía entre mí: ¡Ay, desdichada: en estas ilusiones has venido a parar, por no haber andado rectamente delante de Dios!” (Castillo, 2007, pág. 89). Estas palabras de la madre ponen en evidencia que ella es el pretexto y el contexto de la vida que se está narrado, de su vida. Además, el sujeto y objetivo de su escritura en el que deja su alma y su ser para quien toma su obra como guía o modelo de presencia y vivencia de lo espiritual.

Relatos de viajes

“Los viajes siempre impulsaron al acto autobiográfico y las clases bajas no fueron inmunes a su llamada. Algunas de las narraciones más extensas y reveladoras escrita por artesanos tuvieron por tema sus andanzas viajeras”. (Amelang, 2003, pág. 26). Estos relatos de

viajes están muy ligados a las crónicas personales o escritos personales. Amelang, en el estudio que realiza lo hace desde las narraciones de los viajes realizados por los exploradores, descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo como fue el caso del propio Colón. Ya que las noticias de las aventuras se daban a conocer por la narración en primera persona de quienes vivían dicha experiencia de ver cosas nuevas como territorios, naturalezas, animales y personas. Para la elaboración de estos relatos fue de mucha utilidad los escritos epistolares que después sirvieron para redactar historias y crónicas sobre el mundo descubierto.

En las cartas, los escritores se encargaban [parafraseando a Amelang] de contar lo extraordinario de los lugares, las cosas y las personas descubiertas. Sin embargo, muchos escritos eran narraciones de ficción por el hecho de alabar a una persona o autoridad. Alejándose por ende del género autobiográfico, ya que su centro no era la experiencia personal, sino la vivencia con lo descubierto. Lastimosamente, la madre Francisca solo nos hablará de su viaje a nivel espiritual ya que no tendrá viajes sociales o familiares, aunque sí realiza cortos viajes [si podemos decirle así] de su casa al templo en compañía de su madre.

Ficción Autobiográfica

“Muchos artesanos recurrieron a formas literarias ficticias o semificticias para hacer la crónica de su propia experiencia” (Amelang, 2003, pág. 29). Aunque Amelang no hará un estudio de este tema, nos hace una presentación ligera del mismo. Manifestando por una parte que los “los autores populares (no sólo los de las élites) de los relatos autobiográficos presentados como reales intercalar muchas veces episodios imaginarios o se acercaron mucho a la ficción de componer sus narraciones” (Amelang, 2003, pág. 29). En consideración a esto, es que muchos relatos son vistos poco creíbles, y en ocasiones se siente desde mi propio análisis

que muchos relatos de la vida de santos contienen esta parte ficticia alejada de la realidad de cada sujeto. Ante esta postura podríamos cuestionarnos en la obra de la madre Francisca ¿Su experiencia mística tiene elementos de la ficción autobiográfica? ¿Son realmente los hechos de sus experiencias de oración imaginarios culturales? ¿Hay autoficción?

A manera de conclusión de este capítulo, cada una de estas formas de escritura nos permite tener un panorama más claro de lo que es una autobiografía, de algunas características y elementos de su modo de composición, del tema mismo del ‘Yo’ literario¹². Al igual que de los campos en los que se dio. Cada uno de los aportes aquí contenidos son herramientas claves para determinar e identificar lo correspondiente a la autobiografía desde la visión europea y cómo se hizo eco en nuestro continente, y de manera especial, en la vida y obra de la Madre Francisca.

A la luz de cada uno de los aportes dado por los estudiosos o teóricos sobre el género autobiográfico, que este tipo de literatura no era visto para personas importantes sino más bien para aquel que se sentía interpelado por sí mismo, que quería ser testimonio de un legado de los indiferentes, de los no importantes o por qué no, de los sin nombre, de una sociedad en la que sólo se ve con “buenos ojos” escritos de acontecimientos de dolor, guerra, destierro o de un mundo fantástico lleno de verdades a medias o inventadas, que solo pretende ser un arco iris en el color verdadero de la vida misma de su autor, de su autobiografía.

Estas formas de escritura han hecho y son parte de la sociedad. En el mundo y en nuestra nación Colombia, se ha dado un proceso progresivo en reconocer y en valorar este tipo de género de escritura del yo. De hecho, el mundo es consciente de la necesidad y falta de esta escritura interior como parte fundamental de la formación integral de cada uno de los miembros de la

¹² Que se hablará de él en los próximos capítulos.

sociedad, como parte también de la salud física y mental de cada una de las personas que el escribir les libera de opresiones, angustias, sufrimientos y dolores.

Capítulo II. El Yo Y La Nación

Tal vez, no hayas existido nunca y seas sólo un sueño luminoso de mi espíritu; pero tú eres un sueño más real que eso que los hombres llaman Realidad. Lo que ellos llaman así, es sólo una máscara oscura tras de la cual se asoman y miran los ojos de sombra del misterio, y tú eres el misterio mismo. José Asunción Silva

Como vimos en el capítulo anterior al hablar de autobiografía, nos encontramos con un Yo que se revela, que se da a conocer, mostrando su esencia en cada una de las palabras que este escribe, en cada uno de los versos que plasma y de cada una de las prosas que nos ha heredado.

Y la madre Francisca no es ajena a ese yo, que es un elemento y una característica del género autobiográfico, y de manera especial de la autobiografía conventual. Por eso, a lo largo de este capítulo vamos a descubrir un yo que es conciencia del ser mismo de la persona que traza de forma escrita sus sentimientos, pensamientos y emociones, en otras palabras, la vida misma, un yo que piensa y un yo que actúa. Además, un yo que toma las riendas y que pareciera que controla el punto de vista del relato. Para finalmente, unificar *Vida* con la identidad y consolidación de una Nación que comienza a caminar con autonomía propia.

Ahora bien, no podemos olvidar que esta forma en que la madre Francisca escribe no es trivial, ya que como se puede leer en casi todos los capítulos de su obra [por no decir que todos], aparece un yo que se convierte en el hortelano de una vida que va germinando en cada una de aquellas letras, palabras, párrafos y capítulos. En palabras de Beatriz Ferrús y Nuria Girona, “el yo que toma la palabra en estos textos quiere exhibir el valor de la experiencia, reivindica su papel como testigo, sin necesidad de indagar en la construcción de la identidad” (Ferrús & Girona, 2009, pág. 17), es decir, que podemos ver a ese yo como aquel faro que va guiando la

dirección del barco de la vida de la madre, y que al mismo tiempo es consciente que no puede escrudiñar la conciencia de su autora sin la autorización de esta que va respondiendo por medio de su escritura a las necesidades vitales. Unas necesidades que parten de la misma realidad conventual en la que la escritura es el mecanismo para las religiosas de alejarse de aquella vida quizás problemática en las dicotomías de la obediencia y la desobediencia, en la de la pobreza y el tener algunos bienes, y en el de ser casta y virgen para su Dios o el de entregar su vida a un hombre.

Yo trataba lo menos que podía con ninguna criatura, y pasaba a mis solas, mis consuelos y desconsuelos, miedos, temores, espantos y decaimientos. Algunas veces repetían en los oídos de mi alma (cuando más ocasiones de desprecios se ofrecían): Ego autem humiliatus sum nimis y entendía aquello como si dijera: “de mí se dijo esto, y así me has de seguir (Castillo, 2007, pág. 86).

Y también,

En estos tiempos que voy diciendo, padecí un trabajo y tentación de los que más me han dolido en esta vida; porque como me hallara en tantos deseos de Dios, en una ocasión, que ni despierta ni durmiendo dejaba el alma de estar anhelando por su Dios, y totalmente me hubiera despedido de todo lo que en la vida podía querer o buscar; me empezó un tormento que sentía yo más que la muerte. (Castillo, 2007, pág. 121).

No podemos olvidar que es por obediencia que la madre Francisca escribe¹³, y que esa misma obediencia la que la lleva a poner de manifiesto ciertas afirmaciones y actitudes que

¹³ Cf. Pág. 31 del primer capítulo.

hacen pensar en la inconformidad de vivir dentro de un convento. Al respecto, Francisca nos dice,

Una de las cosas que me había descontentado era ver el tocado que traían las monjas, y lo mucho que se pasaba en prenderse, y así pedí a la maestra licencia para ponerme las tocas llanamente; ella me la dio, y la madre abadesa, que era entonces, sintió muy mal de mí, porque hacía singularidades; decía que no era yo de su genio, que no había de darme la profesión; y siempre me miraba con ceño, y llamaba santa soberbia, y así, yo no tenía arrimo fuera de Dios. (Castillo, 2007, pág. 88).

Con lo que la madre Francisca nos dice, se puede ver el estilo de ese yo testigo o de ese yo experiencia. Ese yo que tímidamente va narrando no solamente la experiencia de una mujer en un convento sino la realidad misma de una comunidad de mujeres transgeneracional que por la estabilidad que les brinda el mismo, por el escape a una sociedad machista, y por cumplir el deseo de algún familiar han ingresado a un lugar como este. Tanto así, que la misma religiosa siente miedo que sus escritos o las cartas que recibía de sus confesores fueran leídas por las otras religiosas; creando estos escritos una influencia no solo en la autora sino en las demás hermanas de su comunidad, “Yo había querido quemar aquellos papeles que Vuestra Paternidad me había enviado, porque cuando estuve para morir, temía si los veían las religiosas o los hallaban.” (Castillo, 2007, pág. 182).

Lo anterior, nos lleva a pensar como dije anteriormente, esa escritura que se convierte en un mecanismo creado por las religiosas, y “la posibilidad del yo-hablo y del yo-escribo que subvierte los roles de la autoridad”. (Arévalo Viveros, 2017, pág. 201), por otra parte, las religiosas escritoras vivían en una incertidumbre puesto que, en palabras de Arévalo, “la conventualización las llevaba a la ambigua, es decir, este mecanismo supone una escritura de la

obediencia y, a la vez, de la desobediencia; además, es doble: implica acatar y desacatar.” (Arévalo Viveros, 2017, pág. 201). Y como leímos en la cita anterior de la madre Francisca la lleva al sufrimiento, al dolor, al silencio, al desprecio y a la soledad.

En otras palabras, estas afirmaciones escriturales del yo en la obra de la madre Francisca nos permite ver como esa presencia del yo, nos da la posibilidad de percibir y analizar una antropología, que nos debe llevar a cuestionar ¿Cuál es esa claridad que poseemos con relación a lo que es verdaderamente el hombre de ese yo desde el contexto cristiano? Ahora bien, en palabras del profesor de antropología de la universidad de Navarra (España) Juan Luis Lorda, “Los cristianos tenemos una idea muy alta de lo que es el hombre, de su dignidad, de su realización, de su llamada a ser hijo de Dios y de vivir fraternalmente, de la dignidad del misterio de la vida y de la familia” (Lorda, 2010).

Pero todo esto, nos debe llevar a comprender como esa presencia antropológica de ese yo o mejor de esos yo, permite descubrir en la obra de la Madre del Castillo, un “yo mujer, yo monja, yo Francisca Josefa de la Concepción del Castillo y Guevara” (Ferreira, 2013, pág. 106).

Por consiguiente, ese yo mujer en una sociedad en la que no era bien vista la escritura de mujer, debemos decir que fue como una posibilidad para ella y que no la limitó para escribir, para decir lo que sentía y pensaba. Ese ser mujer no la hizo menos que los hombres, no la obligó a seguir las estructuras de su época. Ni mucho menos, por el hecho de ser mujer no le impidió estudiar y realizar disertaciones sobre Dios, la religión y su comunidad. El ser mujer no hizo a la Madre del Castillo una figura que quedó en el olvido sino más bien, una mujer que dejó una impronta para la mujer de hoy y de mañana, porque cada una de sus palabras reflejan la ternura y el sentimiento que sólo una mujer puede expresar¹⁴.

¹⁴ Tema al que nos referiremos en el siguiente capítulo de este trabajo.

Si hemos dicho aquellas palabras en referencias sobre lo que es ser mujer en tiempos de la madre, ahora demos una mirada grosso modo sobre el hecho de ser monja. Como se ha dado a conocer, las religiosas desde el siglo XIII por decreto surgido en el Concilio de Lyon II, toda religiosa debería vivir en clausura, limitándose a funciones y deberes propios de una espiritualidad y servicio de los sacerdotes. Pero, esta norma da un giro cuando hablamos de religiosas como Sor Juana Inés de la Cruz¹⁵ quien desde su servicio y quehacer como monja expresa y experimenta un nuevo accionar para sus demás hermanas. Ella al igual que a Teresa Ávila¹⁶ son autoras que la Madre Castillo leyó, y por ser monja y leer a estas, sus hermanas en el convento de santa Clara la trataban de loca, “sus hermanas del convento la llamaban loca, endemoniada, simuladora y santurrona, atribuyendo sus éxtasis y delirios a artes del maligno” (Castillo, 2007, pág. 29). Pero debemos aquí resaltar, que su mayor deseo [aunque al inicio no fue así] era este, es decir, el de ser monja,

Por librarme o dar alguna salida a las mormuraciones [sic] y reprensiones que me daban por el traje humilde y pobre que traía, solía decir que trataba de ser monja (cosa que miraba con horror) y como mis padres sentían tanto el oírme decir que quería ser monja, me dieron lugar para todo lo que yo quisiera, en orden al retiro, a salir todos los días a comulgar y andar pobremente vestida. (Castillo, 2007, pág. 132).

Y, hablar de ser Francisca Josefa de la Concepción del Castillo y Guevara, una niña nacida en una ciudad provinciana (Tunja), dentro de una familia de blancos, o al menos considerada como tal, mezcla de peninsular (al ser su padre un jurista llegado de la metrópoli) y de una criolla tunjana, educada mejor que otras niñas de su tiempo, como luego se reflejará en

¹⁵ Religiosa jerónima y escritora novohispana del siglo XVII.

¹⁶ Religiosa fundadora de la Orden de Carmelitas Descalzos. Además, mística y escritora española del siglo XVI.

sus textos, además de indicarse que aprendió a tocar el órgano por orden de su superiora, como era usual en aquella época. Era una niña con inquietudes, pero protegida por sus padres.

De ahí que, podemos comprender que el yo que se hace presente en la obra *Vida* de la madre del Castillo tiene un doble aspecto, por un lado, es el de cuestionar su existencia, el de por qué seguir una vida de sufrimiento, reproches y humillaciones en un convento. De pasar de ser un yo oculto y personal a un yo que debe por obediencia y obligación darse a conocer. Un yo que va viendo como sus seres queridos la van dejando o como aquellas personas a las que les tiene afecto deben apartarse de ella. Y, por otra parte, vemos un yo comunidad, tanto para las clarisas como para la misma sociedad colonial, puesto que este yo busca vivir o experimentar ser un yo testimonial de aquellas palabras que trasciende de la misma obra como apología de una vida por su Amado y a su servicio. En síntesis, ese yo en la madre Francisca es a su vez el protagonista de aquellos eventos en los que ha tomado la pluma para darle vida al mismo texto que escribe. De hecho, ella misma nos cuenta que sin importar las circunstancias quería escribir, porque el escribir le daba vida, “me acuerdo que me puse a llorar sobre el tintero, para mojarlo con las lágrimas que lloraba, porque estaba seco, y temía yo tanto el abrir la celda, ni pedir nada, para no dar lugar a que entraran, que más quise mojarlo con mis lágrimas y escribir [sic] con ellas” (Castillo, 2007, pág. 118).

Todo este móvil del yo en la obra de Madre del Castillo nos debe llevar a dar un pequeño paso, pero muy significativo en lo que se refiere a la consolidación del canon de la literatura en nuestra Nación. Un canon en el que trataremos de ver la influencia de esta escritura del yo como protagónico y a la vez antagónico en cada uno de los escritos que fueron conformando este corpus literario. Como del mismo proceso de identidad nacional.

Quiero compartir principalmente, un poco de los antecedentes históricos del proceso de la constitución y consolidación del canon contenidos en el libro *Memoria y canon en las historias de la literatura colombiana (1867-1944)* de Diana Paola Guzmán Méndez, sin olvidar o hacer referencia a la identidad nacional que nos presentan otros autores. No contaré muchos elementos porque considero que los libros de la historia literaria nacional son claros para comprender los sucesos de lo que hemos denominado literatura nacional. Cabe aclarar que Guzmán Méndez, ha hecho una muy buena investigación histórica en la que nos permite ver ese corpus literario desde las tensiones estéticas e ideológicas, como también, desde los criterios para su constitución, los del problema de su clasificación y periodicidad, en la que vemos la importancia de rescatar y resaltar un sistema literario donde se hace presente cada autor y su rol en la misma historia de una literatura nacional.

Iniciemos hablando de la hegemonía cultura, política y religiosa que se estable desde la llegada de la corona española al Nuevo Reino de Granada, pero ¿por qué desde este periodo? Porque desde este espacio histórico se ponen los cimientos de un proceso que se ha denominado “la conciencia nacional”, es decir, reconocer que en España como en los lugares donde se encuentra la corona debe existir una única mirada a lo que son, a lo que tienen, a lo que los hace miembros y fervientes súbditos de los reyes. En otras palabras, los elementos fundamentales de dicha conciencia nacional era una nación sólida basada en la lengua y en la cultura. “se planteó la creación de una conciencia nacional, a partir de unas coincidencias de tipo cultural, principalmente la lengua, la defensa de la cristiandad y, finalmente, la consolidación de una imagen hacia el exterior.” (Guzmán Méndez, 2017, pág. 38).

Todo este engranaje de esa conciencia nacional va sufriendo algunos cambios que llevan a tener una imagen fuera de la misma España, de hecho, por un lado, la religión en palabras de

Guzmán Méndez se convierte en ese “elemento vital de conquista y reafirmación” (Guzmán Méndez, 2017, pág. 38). Y desde aquí, podemos hablar según la investigación de la escritora que la Iglesia no solamente será vista como un estandarte para la civilización si no también en aquel mecanismo de dominación, racismo y esclavitud. De la misma forma, se comienza a dar en el Nuevo Mundo la jerarquización social en donde se va a ser muy evidente las figuras del opresor y los oprimido, por las mismas realidades que se van dando desde el nivel económico, social y religioso. Y todo esto, lo que busca o pretende es “la construcción de una nación ideal, perfecta, que lograra entrar y ser reconocida por los propios opresores” (Guzmán Méndez, 2017, pág. 39).

Pero ¿dónde está la literatura o las letras en todo este proceso fuera de lo mencionado con la lengua? Cabe destacar además de lo escrito, que “la conciencia de nacionalidad, al igual que el sentido histórico, no afectaba las normas y nociones básicas del arte literario” (Guillén, 1985, pág. 39).

Por otra parte, Guzmán Méndez al respecto de nuestro interrogante, afirma que en algunos territorios “consideraron las letras españolas como el modelo ideal y definitivo” (Guzmán Méndez, 2017, pág. 39) que dio paso a esa creación de nación. Es así, que se comienza a evidenciar binomios tales como historia-nación, etnia-nación, memoria-nación, género-nación, por mencionar algunos. Y todo esto, por el objetivo que se tiene de que las letras son ese pilar en la “construcción de una memoria colectiva.” (Guzmán Méndez, 2017, pág. 40). Al mismo tiempo, en palabras de John R. Gillis citadas por Guzmán Méndez, se comienza a dar los cimientos y criterios del corpus literario como la conformación del canon:

La memoria nacional es compartida por gente, que, aun cuando se ha visto o ha oído hablar del otro, se consideran como teniendo una historia en común. Esta gente está unida tanto por el olvido como por el recuerdo, pues la memoria moderna nació en el

momento en que americanos y europeos lanzaron un esfuerzo masivo por rechazar el pasado y construir un futuro radicalmente nuevo. (Gillis, 1994, p. 7) (Guzmán Méndez, 2017, pág. 40)

Por dichas razones, se va destacando la importancia de unas obras literarias, así como también el desecho u olvido de otros escritos que no eran considerados importantes o que favorecieran el objetivo de esa perfecta nación gobernada por un proyecto patriarcal. Es por ello, que “Las expresiones de los pueblos indígenas y de los negros esclavos n tenían espacio en dicho imaginario, ya que estaban desprovistos de una «escritura» aceptada”, pero también, no cabía en la mente de España que la mujer fuera escritora o hiciera parte de la academia, “no sólo las mujeres sino a indios, negros, esclavos, analfabetos y, en muchos casos, a quienes no tenían propiedades.” (Cf. Guzmán Méndez, 2017, págs. 40-41).

De hecho, podemos decir que se va dando un diálogo entre esa unidad y diversidad de este proceso, una unidad direccionada por el ideal una perfecta nación en la que los excluidos no hacen parte, y un diálogo entre aquellas connotaciones de elementos que complementan la misma causa. También, vemos ese diálogo que va a estar enmarcado entre lo espacial y temporal, que llevará a que los estudios de la literatura revisen las distintas estructuras que van surgiendo de forma recurrente con relación a lo que va viviendo cada territorio español. Incluso si realizamos un paralelo entre esos binomios que se dan en referencia al desarrollo de la misma nación con los conceptos que van surgiendo en la literatura tales como, literatura nacional, literatura internacional, literatura general y literatura universal nos irán mostrando los espacios propios y lo correspondiente de la literatura. Por ello, Claudio Guillén es su estudio sobre la literatura comparada nos dirá, “El carácter específico de una literatura nacional, o la existencia de tal carácter, puede darse por supuesto, pero no por entendido a fondo.” (Guillén, 1985, pág.

30), permitiéndonos por una parte ser conscientes de que la Nación como la literatura va creciendo paulatinamente, [y si se me permite], se complementa la una a la otra por la consignación de los recuerdos y la memoria de la experiencia de cada uno de los miembros de la nación, porque ¿qué sería una nación sin personas que la hagan ser lo que es?

Y todo lo mencionado hasta ahora, ¿Qué tiene que ver con la escritura del yo en la obra de la Madre Francisca y del canon literario en Colombia? Como alguien ha dicho, no se puede tener café si antes no se ha sembrado la semilla de café para que crezca la planta, o no se puede ir a pescar sin tener una caña de pesca y saber cómo usarla. Así mismo, pasa con esta escritura y con el canon en Colombia, debemos conocer el origen e influencia literaria que le llega a la madre Francisca, y de igual forma, el proceso de nación que se dará dentro de la construcción de la memoria de esta a nivel literario.

A su respecto, podemos afirmar que la obra de la madre Francisca la analizar desde la ruptura de la estructura de una literatura nacional y de hombres. De ahí que, Guillén dirá, “[...]. El proceso mismo de la historia literaria, al menos en Europa y América, ha superado siempre las fronteras lingüístico-nacionales o lingüístico-regionales.” (Guillén, 1985, pág. 21). Es así como cuando don José Vergara y Vergara nos habla de la obra de nuestra autora Francisca, dice que era considerada como el «autor» más sobresaliente de la Colonia, por la misma estructura patriarcal que se tenía en ese momento. En otras palabras, no se reconoce su feminidad, ni mucho menos su obra comienza desde los inicios a ser incluida en la conformación del canon literario de la nación como repertorio de los textos de este. Es mucho después que se ha despertado el interés por la escritura de una mujer o hablar de la literatura femenina en Colombia. Considero que, para llegar a este punto, se ha dado mucho tiempo e incluso ha sido un proceso lento y largo de aceptar e incluir dentro de los estereotipos literarios que no permitían

conocer, degustar y hacer vida a obras de mujeres. ¿Y esto por qué? Retomemos aquellos antecedentes históricos de los que hemos venido hablando para comprender mejor lo que acabo de escribir.

Continuando, “La centralidad de la literatura y su historia hacen parte de las políticas de esta memoria, debido a que en el seno se configura un canon homogenizador, alimentado por la idea de una lengua única y de una historia común” (Guzmán Méndez, 2017, pág. 42). Esto nos lleva a preguntarnos, ¿cuál es la centralidad de la literatura para construir y crear el canon? ¿Qué historia política nos lleva a ese canon homogenizado? Recordemos que en 1867 se publica en la Imprenta Echevarría Hermanos, *Historia de la Literatura de la Nueva Granada. Parte primera desde la Conquista hasta la Independencia (1538-1820)* cuyo autor es José María Vergara y Vergara. Un hombre amante de las letras, dedicados y preocupados por la educación de nuestra Nación, de reconocer y hacer presente una obra como la de la Madre Francisca, pero sobre todo testigo de aquel proceso de transición entre la época de la Colonia y la Construcción de la República. (Cf. Guzmán Méndez, 2017, pág. 42).

Vergara afirma que,

La historia debe un tributo de alabanza a los religiosos por sus servicios a las letras en América. A ellos debe la conservación de las tradiciones, la formación de gramáticas de las lenguas indias, la creación de colegios, y el trabajo de la enseñanza durante dos siglos en que ellos fueron los únicos maestros y los depositarios de la civilización. (Vergara, 1867, pág. 79)

Debemos tener en cuenta que la narrativa escrita en nuestra nación se produjo mucho tiempo después del proceso conquistador y colonizador por parte de España. En pocas palabras, hasta que se da el divorcio de nuestra literatura y la de ellos. Se va a dar paso a consolidar una

literatura propia. Con la cita que presenté anteriormente, aparece un eslabón o el origen de esta literatura y la posibilidad de que el hombre americano escribiera. Es decir, por la acción misionera de los primeros religiosos que llegaron a América y la creación de escuela o centros de enseñanza por parte de estos, es que hoy podemos afirmar que tenemos grandes obras al igual que de escritores en nuestro continente.

Estos religiosos dedicaron su actuar misionero mediante la evangelización y formación académica de los indígenas que ocupaban América. Una evangelización que para algunos fue favorable como para otros no tanto, pero bueno este será tema de otra investigación. Lo que nos interesa es ir concatenando las características o elementos que se produjeron desde el siglo XV hasta el XVIII en donde ubicamos a la Madre Francisca, sin olvidar, que se habla de canon desde el periodo de la Nueva Granada. Por lo tanto, este primer elemento es la tarea desarrollada por los religiosos que llegaron junto con los españoles, y la labores de estos últimos en la educación de la nación.

En el Nuevo Reino de Granada prestaron los religiosos importantísimos servicios a las letras, ya fundando los únicos colegios que hubo en la colonia, ya redactando las únicas gramáticas y los vocabularios que nos quedan de las lenguas indígenas, ya escribiendo las únicas historias que tenemos y sin las cuales no sabríamos una palabra de los hechos de nuestros padres (Vergara, 1867, pág. 79)

No buscamos exaltar o hablar del servicio ejercido durante la colonia por parte de los religiosos sino más bien, rescatar y valorar aquellos conocimientos y trabajos orales, escritos y manuales que se desarrollaron con quienes dieron esos primeros pasos en las letras. Aunque no todo fue color de rosa, puesto que esto les trajo a ellos y los posteriores problemas con quienes comenzaban a ejercer autoridad civil distinta a la eclesiástica en la Colonia. Las comunidades

religiosas y de gran tradición en Colombia han sido los Dominicos, Franciscanos y Jesuitas, estas comunidades “casi todas sostenían escuelas gratuitas de primeras letras y de doctrina cristiana.” (Vergara, 1867, pág. 82). Después que ya se comienza a consolidarse un Estado autónomo al de la corona española.

Pero no solo hubo para aquella época problemas entre los religiosos y la corona o, los religiosos con quienes ejercían alguna autoridad fuera de la Iglesia. Pues, también los hombres y mujeres de entonces se vieron afectados [como ya se ha mencionado en párrafos anteriores], principalmente los indígenas que solamente eran vistos como esclavos de los blancos e incluso como criaturas sin alma. “Fueron mirados antes, y suelen serlo todavía, como viles servidores de los blancos; pero es engaño de soberbia y ceguedad de altivez.” (Vergara, 1867, pág. 85). Es así como también hubo personas y de manera especial religiosos que lucharon por los derechos de los indios, “Los indios son tanto o más aptos que los blancos para las artes mecánicas; y a habérseles cultivado la inteligencia, hubieran sido adelantados filósofos y anticuarios, porque sobresalen en las artes que requieren profunda y paciente observación y espíritu perspicaz.” (Vergara, 1867, pág. 85).

Ante esta pequeña problemática, Vergara y Vergara termina uno de los capítulos de su obra asegurando, “Lo dicho es una confirmación de que fue una verdadera desgracia para el reino el que no se hubiera llevado a efecto el pensamiento de fundar un colegio para esta clase saqueada y oprimida.” (Vergara, 1867, pág. 86). Pues considera que los indígenas al igual que las demás razas que vivían en el Nuevo Reino de Granada tenían la misma cualidades y habilidades, puesto que pienso que la tradición como la cultura de ellos permitiría tener un acercamiento a sus ritos, fiestas y celebraciones que quizás hoy día desconocemos por no tener un registro de ellos.

Con cada uno de los elementos, factores y sucesos mencionados hemos podido tener un acercamiento a lo que fue el génesis de las primeras letras en Colombia.

¿Y si todo esto se vivió para la creación y consolidación de un canon? ¿Para qué escribir? ¿Por qué contar la vida como lo ha hecho la madre Francisca ante una nación que no valora el papel de una mujer escritora? ¿Qué se leía en época de la madre Francisca? ¿Quiénes podían estudiar o recibir educación? ¿Qué estereotipos se tenían con las obras o libros que llegaban? ¿Había alguna prohibición según las normativas de la religión y de la nación? Estos interrogantes y quizás otros pueden o no tener respuestas, pero quiero compartir algunas disertaciones que nos ofrece la obra *Vida* de la madre Francisca, ya que esta no había podido ser conocida sino fuera gracias al conocimiento de las letras y de la formación recibida en casa y convento.

Según nos cuenta Francisca, ella conoció las letras gracias a las enseñanzas de su madre, una mujer según la descripción que nos hace del Castillo, era una mujer humilde, preocupada y dedicada a su familia, le gustaba la lectura de los santos. Es así, que se habla que las mujeres que sabían leer y escribir se dedicaba a la lectura de, “textos piadosos como manuales, catecismos, devocionarios, vidas de santos que con mensajes directos o por medio de ejemplos, fábulas, apólogos, proverbios, versos, las preparaban para salir airoas de las batallas entre la gracia divina y la naturaleza humana.” (Castillo, 2007, pág. XXIV). Francisca dice, que madre leía “los libros de santa Teresa de Jesús, y sus Fundaciones,” (Castillo, 2007, pág. 62), y que esta lectura la motivaba a ser religiosa o a conocer a una de estas religiosas. Pero sucedió algo que le impidió a su madre seguir compartiendo con ella las letras, una enfermedad. Y junto a esta situación, un hecho que hoy día causaría irritación y molestia, incluso de catalogarlo como retrogrado. Me refiero a la concepción que se tenía de los libros de comedia (peste de las almas) establecida por la religión, y que Francisca va a conocer desde muy niña.

Así llegué a los ocho o nueve años, en que entró en casa de mis padres el entretenimiento o peste de las almas con los libros de comedias, y luego mi mal natural se inclinó a ellos, de modo que sin que nadie me enseñara aprendí a leer, porque a mi madre le había dado una enfermedad, que le duró dos o tres años, y en este tiempo no pudo proseguir el enseñarme, y me había dejado solo conociendo las letras. (Castillo, 2007, pág. 64)

Pero no se va a quedar sola en esa ‘perdición’, ya que tiene una tía paterna religiosa en el convento de santa Clara que va a aconsejar a su padre de que no la deje leer ese tipo de literatura, y por ello le entrega unos libros de meditaciones sobre san Ignacio (Cf. Castillo, 2007, pág. 68). Incluso cuando Francisca toma la decisión de ingresar al convento, la práctica de leer y la oportunidad de compartir con su familia va a ser muy notoria, y más de parte de su padre. Por lo tanto, el leer le va a brindar oportunidades, alegrías y tristezas para su vida conventual por el mismo hecho de ser mujer dentro de la identidad Colonial regida por el patriarcado; pero que ella soportaba por amor a su Señor, “sentía en mi alma mucha alegría y gusto de leer que podían las almas, aun en esta vida, llegar a unirse y estrecharse con Dios, y las dulzuras, suavidades y hermosura de este Divino Esposo de las almas” (Castillo, 2007, pág. 96).

También durante este periodo de su vida temprana va a recibir formación musical, específicamente la de tocar el órgano. Instrumento que para aquella época era común entre las familias adineradas y prestigiosas que los podían traer en las embarcaciones. Ya estando en el convento, le corresponde aprender o mejor retomar el estudio de este para ver si aprendía algo según la madre abadesa de ese entonces.

Por este tiempo me mandó la prelada aprender a tocar el órgano para que sirviera de algo, y esto me fue de mucho alivio, porque pensaba poder en aquello servir y tener

ese consuelo; mas como ya yo tenía treinta y ocho años (y aunque lo había aprendido en otro tiempo, me lo habían mandado dejar, y estaba del todo olvidado), ahora con la edad, y no gustar de enseñarme la religiosa que sabía (que era muy moza), pasaba trabajo; mas lo llevaba con consuelo por ocuparme en eso, porque para nada interior no tenía ánimo, que a todo le tenía miedo, y de todo me recelaba por mí misma.

(Castillo, 2007, pág. 174)

Ahora bien, la obra de la madre Francisca a pesar de no escrita en los primeros listados literarios de la Nueva Granada en los que se resaltaba al autor, poniendo su nombre y su obra en pedestales, porque lo que interesaba para entonces era que los escritores continuaran con las ideas aprendidas por la corona y las enseñanzas de la religión. No podemos olvidar que este trance en la consolidación y construcción del canon literario va a estar bajo el dominio y poder del pensamiento e ideología conservadora. Aunque, no se puede olvidar que cada una de las obras que se tenían eran distintas en su forma de bien hablar y del bien pensar. Claudio Guillén, dirá al respecto que, “Cada literatura nacional, si lo es, es original. No se trata de decir las mismas cosas con idiomas diferentes (por ejemplo, de repetir los mismos dogmas religiosos o políticos), sino de proteger y estimular concepciones dispares.” (Guillén, 1985, pág. 45).

En síntesis, la literatura del yo como elemento pilar de la narrativa literaria de la obra de la madre Francisca nos permite a la luz de los aportes de esa consolidación nacional, en la que la historia sin la memoria no podría vislumbrar aquella concordancia del mismo canon con la del proyecto social y de ese yo colectivo o de esa otredad que se va percibiendo en cada uno de los escritos de aquella época. Además, no podemos olvidar que todo este paisaje literario conformado desde la raíz histórica de un pueblo marcado por la tradición y estructura hispánica como también de la misma iglesia, ha pasado a nuestra nación como aquellas piedras angulares

en las que se establecía ese modelo heredado, es decir, que la literatura nacional en sus primeros momentos estaba direccionada a reconocer y mantener los lazos o mejor aún el cordón umbilical irrompible con España. Y a su vez, continuar con el legado de la iglesia que predominaba hasta hace poco, y quien era concebida como la abanderada de la civilización y del mundo letrado como hemos compartido en párrafos anteriores en este capítulo.

Quizás hoy, gracias a los estudios, documentos e investigaciones de historiadores, amantes de las letras, periodistas o personas curiosas tengamos unos lentes más claros para comprender aquella conformación del ‘correcto uso de la lengua’ en las obras de nuestros escritores. Aunque en ocasiones nos causa molestia porque sus orígenes no eran muy justos, ya que lo que se buscaba o se pretendía en la consolidación de los primeros cánones literarios era adoctrinar o formar ciudadanos dignos de habitar la nación, al respecto, Guzmán Méndez nos dice, “la novela, en cambio tiene la función de adoctrinar y describir exactamente el modo como vive o, mejor, como debería vivir la sociedad”. Por ello, aparecen o encontraremos en estos estudiosos o pensadores rituales de la misma identidad viciada por los ideales o pensamientos conservadores y religiosos.

De tal modo, el proceso de ese canon y de la misma nación son como aquel espejo en el que el yo hace parte de esa experiencia, emociones, sentimientos y vivencias del desarrollo personal y colectivo como del progreso dentro de la nación. Es así, que *Vida* de la madre Francisca hace presente las relaciones históricamente determinadas entre la autora y otros sujetos, y entre ella y la sociedad neogranadina de su época. (Castillo, 2007, pág. XII). Por otra parte, no podemos olvidar que esta conformación literaria y nacional iba más enfocada a las personas de élite o que poseían prestigio o dinero, pero éstas no serían lo que son sin el apoyo o el servicio de las personas sencillas y humildes.

La madre Francisca nos dirá en concordancia con lo anterior,

No se me olvida ni deja de causarme ternura y consuelo lo que me pasó una noche de este tiempo. Vía en sueños a Nuestro Señor como cuando andaba en el mundo, mas ninguna criatura humana podrá decir cómo era su hermosura y gracia en medio de traer una vestidura pobre y humilde, ni aquel mirar amoroso y suave, ni la hermosura y apacibilidad de sus ojos, con los cuales, puestos en mí, caminaba, todo lo que hace el claustro, sin quitar los ojos de su pobre esclava, vil y despreciable. Cualquiera creyera que con estas misericordias y ayudas, no había de quedarse mi corazón inconstante y ruin, mas ésta he sido siempre, y esto es lo que me hace temer y temblar de la dureza de mi corazón. (Castillo, 2007, pág. 119)

En suma, no hay mejor testimonio del proceso histórico, memorial y nacional que las plumas de nuestros escritores, y más aún sin estos sufrieron o vivieron los atroces de una sociedad no pensada para el pueblo sino para unos pocos. Que sería de nuestra nación sin una obra como la de Francisca en la que nos lleva a cuestionar nuestra misma realidad, a vivir en fantasía y paz espiritual, que nos lleva incluso a emocionarnos y tener lágrimas en nuestros ojos ante los avatares de la vida que padeció, en exhortarnos a poner nuestra vida no como enunciatarios de su obra sino a convertirnos en enunciadores de esta.

Capítulo III. Mujer, no solamente con la pluma

Ya más de doscientos años en que fue publicada la obra *Vida* (1817) de la madre Francisca Josefa de Castillo. Una obra para algunos inédita, misteriosa y controversial, que en cada una de sus palabras como semillas van germinando para narrarnos la voz de una mujer heredera de la tradición occidental y continuadora de esta. Una obra cuyo fruto parece apetecible ante los ojos de quien la lee pero que en su interior es como un fruto agri dulce por la vida de esta mujer, por sus experiencias, sentimientos y pensamientos en una época en la que escribir era un desahogo ante las presiones machistas del poder social, político y religioso. Su obra como veíamos en el primer capítulo pertenece al género autobiográfico, y este a su vez, funcionó como mecanismo de control de las opresiones mencionadas anteriormente.

En este capítulo, trataremos de determinar cómo la obra *Vida* (1817) de la Madre del Castillo contribuye al reconocimiento del rol de la mujer en la Colonia. Además, la importancia de recibir educación en su casa, en donde destacaremos la labor de la madre de Francisca como pieza principal en el desarrollo de su formación como mujer letrada. Finalmente, miraremos los estados en los que eran incluidos o se tenían en cuenta a la mujer para hablar de ella en la época de la Colonia. [Aunque parece que estos no han desaparecidos por completos].

Cabe recordar que los escritos de las mujeres o mejor la escritura femenina aparece en la historia de las naciones como una ‘piedra en el zapato’ para algunos grupos sociales, políticos y religiosos, puesto que ellas en su forma de escribir van desenmascarando o desdibujando la realidad de una opresión por parte de estos. *Vida*, no es ajena a esta situación, como escritura de una mujer, puesto que la madre Francisca desde su experiencia interior, es decir, aquella interioridad humana que es escrita en su obra hace visible de alguna forma estos escenarios.

Debemos entender estos escenarios desde los distintos métodos opresivos que se dieron en época de la madre Francisca. Uno de ellos es el silencio provocado, impuesto y/o asumido. Un silencio en el que hace visible aquella inconformidad del momento.

Como ya lo hemos mencionado, el silencio es producto de aquellos mecanismos de control y poder, aunque también de elección, al respecto nos dice Fonseca Zamora que esos silencios “conducen al develamiento [...] que vivió en carne propia la monja” (Fonseca Zamora, 2013, pág. 12), es en otras palabras, el compartir la experiencia de acallarnos un momento para dejar hablar a la madre Francisca, de escuchar aquella voz suave, serena y, llena de un sentimiento y amor por su aventura de camino a la perfección o de felicidad y de encuentro con su Amado, a pesar del dolor y sufrimiento físico y espiritual que estos le producían. Es así, que el silencio de aquella celda oscura, fría y sobria del convento de las clarisas en la ciudad de Tunja, donde nuestra autora rompe ese silencio y hace rugir su voz a través de aquellos escritos que fue tejiendo y destejiendo por no ir en contra de la opresión de una doctrina ortodoxa y social de aquella época, además, por no faltar a su voto de obediencia y las ordenes de sus superiores o de sus confesores. Es en pocas palabras, *Vida* una pequeña grieta por donde se traspasa aquellos muros y paredes de aquel convento para dejarnos oír, ver, leer y entender esta realidad de la mujer de no ser reconocida ni mucho menos darle importancia de su labor en la nación.

Al respecto, en la edición de 2007 hay un apartado que reza así:

Tampoco se escribió la vida, porque silo [sic] hizo el P. Diego de Moya, como pensó, no se halló, ni lo han hecho otros que, fervorizados con la lectura de dichos escritos, lo han intentado; talvez habrá sido por lo grave de la empresa, o lo más cierto, porque para más oportuno tiempo reserva Dios N.S. la publicación de las virtudes que puso en su sierva, para edificación de todos, honor de la observancia del convento donde

floreció, y bien universal de su patria. Por estas razones, aunque confieso que me han hecho mucho provecho estos escritos, he tenido por conveniente hacerlos encuadernar para que más fácilmente se guarden, como se lo suplico y ruego a las RR. MM. Abadesas, que es y fueren de dicho convento de Santa Clara de Tunja, pues habiendo venido a mis manos después de haber andado en muchas, en que no tiene poco de raro no haberse perdido, y no hallándome con suficiencia para escribir una vida tan espiritual, pues es necesario serlo muy mucho, no sería agradecido al provecho que ha hecho a mi alma la repetición de su lectura, si, mejorados con la encuadernación, no los restituyese a dicho convento, en donde como bienes que les dio el cielo, deben guardarse para los fines que Dios N.S. quiso que se escribiesen. (Castillo, 2007, pág. 14)

Pero ¿esa realidad conventual que vivió la madre Francisca ha cambiado hoy en día? ¿se sigue acallando a las mujeres en los conventos y/o las distintas instituciones o dependencias de un Estado? ¿cuál es la vida de las religiosas o monjas dentro de los mismos? ¿son ajenas a la subsistencia que viven las mujeres o cualquier persona fuera de sus casas, de los monasterios o de los conventos? ¿Viven las mujeres en silencio o son silenciadas?

La magistra en literatura Inés Fonseca Zamora nos comparte en una parte de la introducción de su trabajo de tesis, la experiencia que vivió con algunas comunidades religiosas femeninas de clausura al igual que con una de vida activa; experiencia que considero que a pesar de los siglos no ha cambiado pese a las reformas y cambios, y a las instrucciones que la Iglesia ha dado. Pues al igual que Fonseca Zamora, he tenido la oportunidad de visitar un convento de religiosas de clausura, el de las hermanas Concepcionistas en la ciudad de Ibagué, y ver que al igual que como he encontrado la obra de la Madre Francisca, estas religiosas viven en un

‘pequeño mundo’ de las paredes de su monasterio, y solamente participan o mejor comparten con las demás personas que viven fuera de aquellos muros por medio de algunas pequeñas ventanas. Ventanas que les permite recibir la comunión en las celebraciones eucarísticas, y de poder ver un poco a aquellos que participan de estas ceremonias.

Además, tuve la experiencia de observar el famoso locutorio, que es tan real en estos monasterios o convento de clausura en el que solamente se tiene un poco de contacto visual con ellas, pues las separa una reja, y si te ofrecen algún tipo de alimentación este es dado por medio de un sistema de ventana giratoria (muy distintos a los conventos de vida activa). Pero lo que nos interesa no es hablar tanto de la estructura física de los conventos como si ver su influencia en la construcción y determinación a la hora en que una religiosa escritora, comparte con sus hermanas y quizás con algún otro lector o lectora su vivencia en el silencio de su celda. “hacerme cargo de que comulgaba todos los días y salía al locutorio, lo cual hacía yo por alguna cosa precisa o con aquella santa señora, mi parienta, que casi me crió y la tenía yo por madre.” (Castillo, 2007, pág. 227).

No olvidemos que el romper este ‘sagrado silencio’ es ir en contra de aquellas promesas que el religioso o la religiosa hace el día de su profesión como consagrado a vivir y vivenciar el carisma de su nueva familia. Empero, no podemos dejar en el tintero que la Madre Francisca le da un nuevo sentido o vida a este silencio en sus escritos a pesar de las dificultades, temores, mortificaciones y sufrimientos que padeció en el convento. Ya el convento se había puesto en más religión, silencio y recogimiento, y acabándose las comunicaciones de fuera, y las religiosas mozas trataban de una vida muy fervorosa y recogida, y de darse todas a Nuestro Señor. (Castillo, 2007, pág. 92). Ella es sin duda como mujer escritora y religiosa un “caso extraordinario” porque es una voz que no fue callada como muchas otras que fueron silenciadas.

Su voz es, por lo tanto, no solamente es expresión de sus sentimientos espirituales o ideales sino más bien manifestación de un cuerpo, de un ser que rompe todo tópico de la época simplemente con el deseo de obedecer aquella orden que su confesor Diego Tapia le había dado. Por estas razones, considero que es válido preguntarnos nuevamente, si las religiosas o las mujeres fueron ¿silenciosas o silenciadas?

Por ser hoy día de la Natividad de Nuestra Señora, empiezo en su nombre, a hacer lo que Vuestra Paternidad me manda y a pensar y considerar delante del Señor todos los años de mi vida en amargura de mi alma, pues todos los hallo gastados mal, y así me alegro de hacer memoria de ellos, para confundirme en la divina presencia y pedir a Dios gracia para llorarlos, y acordarme de sus misericordias y beneficios (Castillo, 2007, pág. 59)

Pero ¿qué manifiesta aquel silencio en los conventos? Podríamos decir, que manifiesta el deseo de una aventura que tiene un solo camino. Un camino que exigen de quien lo emprende el despojarse o vaciarse de sí mismo para alcanzar aquella gracia de lo místico. “Ten silencio para no reprobarte lo que te aflige, ni mostrar con razones que la tienes.” (Castillo, 2007, pág. 101). Un camino que nos lleva al de una mística que debe ser entendida no como propia de quienes viven en un monasterio o convento sino como aquel itinerario en el que la persona alcanza un éxtasis de amor indescriptible que solamente quien lo vive lo puede en ocasiones tratar de expresar, es tan difícil describir estos espacios de encuentro con Dios como el tratar de definir alguno sentimiento y valor que vivimos a diario.

No olvidemos que las escritoras de la Colonia [como creería que hoy día sucede] tomaban la pluma para dejar consignado un testimonio de su jornada espiritual diaria (autobiografías

espirituales), como aquella práctica de confesión cuyo objetivo era controlar la conciencia individual de las monjas y de las mujeres por parte de la iglesia y de la sociedad.

En línea de aquel silencio que hemos venimos hablando como mecanismo de opresión y de sometimiento para las mujeres en los conventos, se puede ver este también como una oportunidad que permite a las religiosas y a los religiosos [porque a algunos hombres también les ha pasado] gozar de la dicha de este silencio dentro de su estilo de vida y de la mística misma. Un estilo que para algunos resulta exagerando, deshumanizante e incluso esclavizador; que unido con la gracia mística no resulta nada más que un placebo dentro de aquel esquema o dispositivo de control que se venía dando durante la época de la Colonia. Una época que no debemos dejar de lado, ya que se encuentra marcada por el paso de la contrarreforma, del humanismo y el Barroco como manifestación de lo humano y lo artístico. Un tiempo en el que la Iglesia vivía ese trance de reconocer y dar autoridad tanto al clero como al Estado, un poder que llevo durante siglos a vivir algunas barbaries, tales como el de la Inquisición y el Santo Oficio como manifestación e instrumento de control, de censura, de vigilancia y de prohibición por parte de este órgano de la Iglesia.

De hecho, la Inquisición y el Santo Oficio van a establecer de acuerdo con las orientaciones o enseñanzas de los santos padres como Agustín de Hipona y Tomás de Aquino, como llevar aquel estilo de vida dentro de los conventos para llegar a “ser feliz”. Toda esta estructura [espero ya no se viva] permitía que muchas mujeres y hombres fueran formados dentro de la cimentación de un convento como de la arquitectura de una iglesia y de una sociedad que vivía bajo la cultura misógina en algunos campos por no decir que todos.

[La madre] Francisca Josefa, asume, teje con dolor y esperanza las figuras que la simbología del barroco le ofrecen en su camino de perfección, ascetismo, salvación, con los

mandatos que como lectora y escritora le impone la ingeniería imaginaria de la Contrarreforma colonizadora en la Nueva Granada. (Fonseca Zamora, 2013, pág. 30).

Como vemos, la madre Francisca es fiel a la estructura de la época que la va moldeando y, sobre todo, ella irá asumiendo esa sumisión y humillación por alcanzar aquella perfección que se propone o se enseñaba para llegar algún día a la santidad y sentirse amada por su amado. Claro está, que el camino que cada mujer y hombre emprende para alcanzar su felicidad va a estar guiado y acompañado, orientado y ayudado mediante algunos instrumentos como las imágenes o símbolos para hacer visible en la escritura una desesperación y esperanza.

Este mecanismo de opresión que apagaba o mejor seleccionaba lo correcto y apropiado para la sociedad marginando los escritos de las mujeres, nos lleva a reiterarnos qué papel tiene la obra *Vida* en ese proceso de acogida para la mujer ante los criterios sociales, estéticos, religiosos y literarios de estos periodos históricos.

Ahora bien, traigamos a colación un hecho del que ya hablamos en el capítulo segundo de este trabajo pero que es necesario hacer hincapié porque nos permite tener mayor claridad sobre este fenómeno de apreciación e importancia de la escritura de una mujer.

Iniciemos por lo tanto diciendo que un 6 de agosto de 1980 el doctor Rafael María Carrasquilla ingresaba a la Real Academia de la Lengua Colombiana pronunció un discurso en el que resaltó la figura de la monja tunjana, discurso que el expresidente, escritor y estadista José Manuel Marroquín apoyó sus palabras en la línea de la constitución de la historia de las letras colombianas, “ambos insistían en recuperar la figura de la monja tunjana como hito fundamental en la historia de la literatura nacional” (Ferrús Antón & Girona Fibla, 2009, pág. 7). De hecho, Marroquín en su obra *Historia de la literatura de la Nueva Granada* (1867) se refiere a la Madre Francisca de esta manera, “La Madre Castillo es el escritor más notable que poseemos: su estilo

y su lenguaje la colocan al lado de Santa Teresa de Jesús, y hasta en las peripecias de su vida le fue parecida” (Vergara, 1867, pág. 199). Y tiene razón al afirmar que sus vidas tienen rasgos similares, uno de esto es que escribieron como mujeres en una cultura machista conservadora y clerical. También, las dos recibieron sus primeras pincelas de la lectura y letras por parte de sus madres quienes eran mujeres instruidas y formadas en lo académico en la época en la que se encontraban.

La incursión de la Madre Castillo [...] en la literatura nacional resulta sorprendente, pues la literatura conventual femenina no sólo ha permanecido al margen de las historias literarias, sino que hasta hace apenas unas décadas continuaba siendo desconocida y hoy solo ha sido parcialmente recuperada por la historia de la literatura de mujeres (Ferrús Antón & Girona Fibla, 2009, pág. 8)

Así como la Madre del Castillo es y ha sido parte de la gran barca denominada canon literario en Colombia, también otras escritoras se han subido a esta y han permitido conocer las perspectivas de una visión femenina en una sociedad “dominada” por los hombres. La Madre del Castillo, rompe en otras palabras los paradigmas de la época en la que escribió (1671 – 1742), puesto que sus obras salen del claustro [como hemos mencionado en párrafos anteriores], de su celda para una sociedad que hasta ahora comienza a apreciar la escritura de una mujer, de una monja, de una escritora.

“Será precisamente el carácter paradójico de la *Vida* de Sor Francisca Josefa de la Concepción de Castillo como texto nacido de una encrucijada política, filosófica y estética” (Ferrús Antón & Girona Fibla, 2009, pág. 8), y sí que es paradójica la escritura de su obra autobiográfica, pues en ella la religiosa nos permite vislumbrar a través de sus palabras una

sociedad en la que no veía bien el hecho que una mujer escribiera, incluso su misma familia de hermanas clarisas la criticaban y juzgaban por sus tormentos, mortificaciones, sueños y visiones.

La trataban de endemoniada, loca, falta de sindéresis (Cf. Castillo, 2007, págs. 79 - 280). Pero estos impedimentos o actitudes no detuvieron su deseo de seguir compartiendo su vida con quienes llegaron, llegan y serán sus lectores. Su obra como se ha dicho en otro momento rompe ese actuar con el que se había formado el Nuevo Reino de Granada, “El hombre europeo se vio obligado a redefinir su identidad a partir del descubrimiento del nuevo continente y de sus gentes, y al hacerlo no sólo se sintió forzado a enfrentar el binomio yo/otro, sino también hombre/mujer.” (Ferrús Antón & Girona Fibla, 2009, pág. 9), ya que el obrar de la mujer dio un giro en la Colonia desde los conventos, al igual que el aval que dio la reina Isabel Católica. Continuando con nuestro análisis, debemos retomar la afirmación de Ángela Inés Robledo editora del prólogo de la edición de *Vida* de la madre Francisca en el 2007, ella asegura que la obra de Francisca “muestra tres elementos claves para leer la obra: obediencia y sumisión al confesor; el intenso sufrimiento de su autora, y la memoria, que es el punto de partida para desenredar la cadena de recuerdos, deshilvanados, que la constituyen.” (Robledo, 2007. Pág. XI). Es sin más preámbulo la obra de la Madre Francisca una narración que irrumpe en el estilo de las letras en aquella época como lo hemos compartido anteriormente, pues antes de ser monja es primero una mujer, y, aún más, escritora.

Estos tres elementos que nos habla Robledo los podemos encontrar en la siguiente cita y otras presentes en toda la obra de la madre Francisca. Pero considero que está sintetiza lo que la editora nos ha querido presentar.

También me trajo a la memoria todos los pasos y caminos de mi vida, no como aquí pueden ir escritos, sino como Dios lo pudo manifestar al alma, sin riesgo de temores ni dudas, sin

olvidos de la memoria, ni confusiones del entendimiento. Como uno que hubiera acompañado siempre en un largo y trabajoso camino, que dijera: “¿te acuerdas que en tal parte pasamos fríos, soles y nieves, o que tales ardores tenías? ¿O que traspasada de la nieve en otras partes pasastes? ¿Qué temores, sustos y sobresaltos atormentaron tu corazón? ¡Oh!, cómo sin favor humano te saqué de todo; ya te parecía que morías”, etc. (Castillo, 2007, pág. 190).

Cada una de sus letras, de sus palabras y de sus frases que se encuentran consignadas en su narrativa han permitido que su autobiografía ocupe un lugar privilegiado en la consolidación y construcción de la identidad nacional [como vimos en el capítulo anterior y aquí un poco], en palabras de Alexander Steffanell citadas por Robledo “pasó a ser parte de la historia para que el Estado nacional tuviera una literatura emergente y fundacional marcando las bases geopolíticas y religiosas para ello.” (Robledo, 2007. Pág. XII). Es tanto el contenido de dicha obra que Robledo ha llegado a afirmar el prólogo que esta “o, nace de una red de discursos y géneros literarios al uso a comienzos del siglo XVIII y de las relaciones históricamente determinadas entre la autora y otros sujetos, y entre ella y la sociedad neogranadina de su época.” (Robledo, 2007, Pág. XII).

Teniendo presente los elementos que se describen en el estudio realizado por Robledo, causa curiosidad como ella, al mismo tiempo, va uniendo investigaciones de la teatralidad barroca, es decir, de la expresión del cuerpo con el estilo y forma de escribir de la Madre del Castillo. Esta investigación ha llevado a determinar como la influencia cultural se hace patente y presente en la misma narrativa o manifestaciones de literatura de esta monja escritora. Por ello, es necesario ir estableciendo elementos, tales como el de la libertad, que va jugando una importancia en el poder transmitir y compartir con el mundo lo que sentía y vivía como religiosa y como mujer. “Parece que anda en ellas el alma y el corazón, en las que son forzosas, como

gustando paja, o como atada a una rueda de molino, que todo les da tormento. No me parece que hay sediento que así desee el agua, ni cautivo en oscuras mazmorras, que así anhele por la libertad, etc.” (Castillo, 2007, pág. 189). Un compartir literario en el cual sobre salen unos silencios como manifestación de la sumisión que debe vivir la Madre, del cual acabo de mentar párrafos anteriores, empero, hay momento de la obra en la que ella por medio de su pluma escribe instantes de su vida dolorosos, aburridos, tristes, etc. Como también de esa exaltación que la representa desde su doble condición en la época colonial, el de ser mujer y el de ser monja.

En la sociedad colonial, al igual que en la medieval, había cuatro subestados para las mujeres: doncella, casada, viuda y monja según su estado civil o su vinculación con la vida religiosa; en esa jerarquía las religiosas ocupaban una posición social superior a la de la soltera, y equiparable a la de casada. (Robledo (2007). Pág. XVII).

La anterior cita, nos lleva a preguntarnos además de los precedentes preguntas que ya nos hemos formulado ¿Qué papel representaba la mujer por ser mujer? ¿Cuántas y quiénes eran las doncellas? ¿Era fácil casarse o simplemente se obligaba a que la mujer se casara según los famosos arreglos matrimoniales entre el padre y el pretendiente? ¿La viuda era marginada y abandonada por su condición al igual que en la época de Jesucristo? ¿Fue fácil para la mujer colonial ingresar al monasterio para ser monja? ¿Cuál era el estado mejor visto en aquella época para una mujer? ¿Por qué se jerarquizaba los ‘subestados’? Entre muchos otros interrogantes que pueden suscitar aquella afirmación presentada por Robledo. Además de estas y quizás otras que no se escribieron pero que se pensaron pueden tener respuestas como imaginarios o fantasías para tratar de comprender y entender lo que estaba fraguando en la narrativa de la Madre Francisca.

Antes de continuar con algunas respuestas de los anteriores interrogantes, no debemos olvidar el papel desarrollado por María de Guevara Niño y Rojas, madre de Francisca Josefa, de quien nuestra autora aprendió sus primeras letras y lecturas. Una mujer que, al encontrarse casada con un hombre virtuoso, trabajador de honor y compasivo y recatado, formó y enseñó a sus hijos los valores aprendidos y adquiridos por parte de la sociedad y de la religión. Una mujer que sentía temor de Dios, amiga y servidora de los pobres, y, como temeraria de las cosas divinas, era enemiga de las vanidades, de los adornos y del entretenimiento. (Cf. Castillo, 2007, págs. 59 - 60).

padres cristianos y temerosos de Dios, de los cuales pudiera haber aprendido muchas virtudes, pues siempre los vi temerosos de Dios, compasivos y recatados; tanto, que a mi padre jamás se le oyó una palabra menos compuesta, ni se le vio acción que no lo fuera; siempre nos hablaba de Dios, y eran sus palabras tales que en el largo tiempo de mi vida aún no se me han olvidado, antes, en muchas ocasiones, me han servido de consuelo y aliento, y también de freno. (Castillo, 2007, pág. 59)

María de Guevara, leía a su hija libros de santa Teresa de Ávila y sus Fundaciones, [esta santa también fue instruida y formada por su madre], pero fue una mujer que no gozó de buena salud, y por ello, Francisca continuó su aprendizaje en las letras con las lecturas de las comedias , “de modo que sin que nadie me enseñara aprendí a leer, porque a mi madre le había dado una enfermedad, que le duró dos o tres años, y en este tiempo no pudo proseguir el enseñarme, y me había dejado solo conociendo las letras.” (Castillo, 2007, pág. 64). Hay que reconocer, el esfuerzo realizado por María, que no solamente luchó como madre por la formación de sus hijos, sino que también se entregó al servicio de Dios y de su esposo. Padeció en vida enfermedades y el abandono de sus propios hijos, “mi madre había cegado y tullídose, y mis hermanos habían

ídose de la ciudad con las obligaciones precisas de su estado, yo tuve noticia del desamparo en que se hallaba, [...] esto trajo mucho desconsuelo a mi corazón, y una natural compasión y deseo de aliviarla.” (Castillo, 2007, pág. 111), pero nuestra autora nos contará en el capítulo XVI, el sufrimiento, pesadumbre y humillaciones para poder ella encargarse de su madre hasta el último instante de vida acá en este mundo. (Cf. Castillo, 2007, págs. 111-116).

Dejando de lado el rol de la madre de Francisca como mujer dentro del periodo colonial, miremos ahora, grosso modo los estados o subestados en los que eran jerarquizadas o incluidos o se tenían en cuenta a la mujer para hablar de ella en la época de la Colonia.

Hagamos memoria que antes de la Conquista y Colonización por parte de la Corona Española, en nuestras tierras, al igual que hoy en día, existieron y existen tribus indígenas de las cuales aparece el primer estado en el reconocimiento por parte de estudiosos e investigadores, pero al mismo tiempo el de la descalificación de su importancia como mujer, es decir, la mujer indígena. Una mujer vista por los hombres de sus tribus simplemente como fuerza de trabajo servil y esclava de los mismo, que simplemente les servía a estos para atender las necesidades de ellos como varones.

Por ello, considero que esta vivencia la pudo asociar la madre Francisca con la presencia del maligno o veía a los indios como seres infernales que quieren el mal para ella o para cualquier mujer,

estaba el enemigo en la figura de un hombre viejo, que con cólera y regañando, se arrancaba los dientes y los cabellos. A la noche, habiéndome recogido a dormir, sentí sobre mí un bulto, pesado y espantoso, que aunque me hizo despertar, me quedó como atados, sin poderse el alma desembarazar, aunque me parece estaba muy en mí, y procuraba echarlo con toda la fuerza por las muchas tentaciones que me traía [...]

Estaba en la figura de un indio muy quemado y robusto y me dejó muy molida.

(Castillo, 2007, pág. 206)

Continuemos ahora, con la mujer sirvienta de los españoles. Esta parece que continúa con las mismas humillaciones, desprecios y tormentos que la mujer indígena pero que, a diferencia de ellas, va a comenzar a aprender el idioma de sus opresores, como también sus tradiciones y prácticas religiosas, “y de tanta humildad, que habiendo enviudado y estando casi ciega, le dio una criada muchos golpes en una iglesia porque se quitara del lugar donde estaba” (Castillo, 2007, pág. 60). Y al proceder estas de las mismas tribus indígenas o producto de las violaciones de los españoles a las indígenas se convertían en aquel puente entre estos opresores y los indígenas.

Ya con el tiempo, los españoles traerán a las mujeres negras o como se dice hoy en día afrodescendientes, que serán esclavas como los anteriores estados de las mujeres, y que la ‘unión’ de estas o el abuso de los españoles dará origen a las mujeres mulatas y a los hijos de estas. Las mujeres de color negro según lo establecido por el Santo Oficio o por la Inquisición se les consideraban brujas o poseedoras de poderes malignos, “son vistas como portadoras del lado oscuro de lo femenino, sus encantos son satanizados, se les acusa de tener comportamientos licenciosos, ...” (Osorio Soto, 2006, pág. 47). La madre Francisca, o mejor su familia “gozará” del beneficio de estas esclavas que se convertían en imitadoras de las tradiciones para no ser despreciadas o rechazadas por las familias a las que servía, aunque también, hay quienes abandonaban sus raíces y asumían todo lo que sus patrones les enseñaban, “así conversaba mucho con una esclava de mi madre que trataba mucho de servir a Nuestro Señor; de ella me valía para algunos ayunos, y cosas que eran bien pocas” (Castillo, 2007, pág. 63).

Cabe mencionar en este momento, un pequeño poema de otra mujer religiosa influyente, sor Juana Inés de la Cruz, en este refleja esa transgresión de la mujer en el campo de lo moral y, que lo podemos aplicar a estos estados de opresión de los cuales hemos venido hablando:

Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis:

si con ansia sin igual
solicitáis su desdén
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia
y luego, con gravedad,
decís que fue liviandad
lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo
de vuestro parecer loco
al niño que pone el coco
y luego le tiene miedo.

Queréis, con presunción necia,
hallar a la que buscáis,
para pretendida, Thais,
y en la posesión, Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro
que el que, falto de consejo,
él mismo empaña el espejo
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén
tenéis condición igual,
quejándoos, si os tratan mal,
burlándoos, si os quieren bien.

Opinión, ninguna gana;
pues la que más se recata,
si no os admite, es ingrata,
y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andáis
que, con desigual nivel,
a una culpáis por cruel
y otra por fácil culpáis.

¿Pues cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende
si la que es ingrata, ofende,
y la que es fácil, enfada?

Mas, entre el enfado y pena
que vuestro gusto refiere,
bien haya la que no os quiere
y quejáos en hora buena.

Dan vuestras amantes penas
a sus libertades alas,
y después de hacerlas malas
las queréis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasión errada:
la que cae de rogada,
o el que ruega de caído?

¿O cuál es más de culpar,
aunque cualquiera mal haga:
la que peca por la paga,
o el que paga por pecar?

Pues ¿para qué os espantáis
de la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis
o hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar,
y después, con más razón,
acusaréis la afición

de la que os fuere a rogar.

Bien con muchas armas fundo
que lidia vuestra arrogancia,
pues en promesa e instancia
juntáis diablo, carne y mundo.

(de la Cruz, 1997, pág. 109)

Si esto decía sor Juana Inés de la Cruz con relación a esa opresión que sentía como mujer, como escritora y como religiosa por parte de las autoridades civiles y eclesiásticas, miremos ahora a nuestra Madre del Castillo en algunos fragmentos de su obra *Afectos Espirituales o Sentimientos Espirituales* (1843)¹⁷.

Afecto 9: Oí (sin proseguir lo que iba diciendo), entendí la que diré, y me parece hace a un intento: estaba pensando cómo se portará quien vive en comunidad con las otras personas que en algún tiempo la injuriaron, para agradar más a Nuestro Señor, y conocí: como el lirio entre las espinas no les es nocivo a ellas, y ellas lo traspasan y hieren, él las beneficia talvez abrigándolas, etc., y recibe sin huir las injurias; está para con ellas blando y suave; ellas para con él, ásperas, etc.

(Concepción, 1956, pág. 64).

En este fragmento se pone en evidencia, por una parte, la humildad de la madre Francisca, y por otra, la sumisión, el sufrimiento y los atropellos que tuvo que soportar por hacer la voluntad de su Amado, y por obediencia a sus superiores y confesores.

Ante el silencio al que es sometido las mujeres en su época, ella considera que el callar es una ganancia que calma la sed, da paz interior y conocimiento, que purifica, alimenta, consuela y orientan el rumbo seguro al encuentro con Dios.

Afecto 107: Calla por imitar a tu esposo, de quien se dice: no abrió sus labios. Calla por un interior conocimiento de tu bajeza e indignidad para alzar la voz, ni abrir los labios

¹⁷ Esta obra que, según Darío Achury Valenzuela, Alicia Galaz-Vivar Welden, Ángela Inés Robledo y otros estudiosos de esta, nos cuenta que la comenzó a escribir a los 19 años, un año después de su ingreso al convento de las clarisas en Tunja por mandato de su confesor. Es una obra en la que se refleja los fervientes sentimientos que elevan al alma y que encienden el corazón. Toca temas y conceptos, doctrina, vida de santos, sentencias, aspiraciones y visiones. En pocas palabras, es un afecto místico que pasa del horno de las tribulaciones al consuelo y paz por la vida eterna.

en la casa del gran rey, y entre sus criaturas y esposas. Calla por una adversión y divorcio que hayas hecho con la vida temporal y sus negocios no necesarios. Calla por tener más tiempo para hablar y tratar con tu señor y esposo. Calla por castigar las faltas y culpas que cometiste hablando. Calla, porque el Señor gusta de ello, pues muchas veces oíste y leíste cuánto le agrada el silencio. Y calla para ejercitar la paciencia, no volviendo por ti la candad, no dando ruido, etc. Estos son los tiempos de callar, porque quien de veras ama, sólo gusta le hablen en su amor y amando. Mas tus tiempos de hablar sean por el amor con humildad, por el amor con gusto y sosiego, y por el amor con ansia de arder más y más en él. Habla cuando sea necesario ejercitar la caridad, humillándote a toda criatura, procurando aliviar o servir, aunque sea en cosas muy leves, a las criaturas de Dios hasta la más mínima, viendo en ellas a Cristo, y el santo Angel que las guarda y acompaña. (Concepción, 1956, pág. 336).

Podemos ver en el afecto 107 como no le importa los sufrimientos de este mundo, de las calumnias, injurias, dolores, y traiciones de los hombres y de las mujeres por vivir en carne propia la pasión del Hijo de Dios; de hacer silencio y verse callada, porque para ella, “La obediencia es firma de Dios que no puede el espíritu malo contrahacer” (Concepción, 1956, pág. 74), y, por lo tanto, soporta por amor un sentimiento de humillación, de peso y de temor.

Es tanto su querer por hacer la voluntad de Dios y de los hombres que le sirven a Él, que presenta al hombre que no está en los caminos de su amado con la figura de un árbol caído, “los hombres son como árboles caidizos (sic), débiles e inconstantes, y que sólo dan fruto los que están plantados cerca de tus corrientes, fuente de vida, de luz y de firmeza” (Concepción, 1956, pág. 71). Desechando (si se nos permite utilizar tal palabra) al hombre que no está en los caminos de su Señor y Amado.

No quiero terminar estas apreciaciones y aportes poéticas de la Madre Francisca, sin incluir la osadía que tuvo de tomar una perícopa del Evangelio de san Mateo 13, 44-46, adaptarla a lo femenino, es decir, cambia la figura del hombre por el de la mujer. Pues como yo quisiese poner por obra con mucho consuelo la licencia que V. P. me dio de los cilicios, entendí ésto: el cuerpo es aquel campo que consideró la mujer fuerte y prudente, y lo apreció y compró para plantar en él una viña de la labor de sus manos. (Concepción, 1956, pág. 75).

Por lo tanto, nos encontramos con dos mujeres, dos monjas, dos latinoamericanas en lugares distintos pero que comparten una similar vivencia y experiencia de la vida en un convento. Estas dos religiosas padecen en carne propia el sufrimiento y la humillación por parte de quienes tienen la autoridad o ejercen algún ministerio de poder en el convento y en la iglesia en general. En muchas ocasiones, fue desvalorado su trabajo escritural, su pensamiento y sus oraciones simplemente por el hecho de ser mujeres. Sus hermanas de camino en la vida religiosa las trataban despectivamente como “locas” o consideraban que “demonio habitaba en ellas”, porque se tenía la concepción que sólo los hombres podían tener la palabra para hablar de Dios.

Hasta este momento hemos hablado de mujer que son marginadas y silenciadas por las estructuras opresoras españolas que estuvieron en aquellos periodos, pero podemos unir a este grupo de estados a las mujeres viudas que al perder a su esposo se les consideraba incapaces de cualquier labor o de seguir con los negocios de su marido, recordemos aquí lo sucedido con la madre de nuestra autora (Cf. Castillo, 2007, pág. 111). ¿Y las demás mujeres? Pues bien, debemos hablar de mujeres que permanecieron en amancebamiento, es decir vínculo ilegítimo que en muchos casos llevaba a violaciones o a la convivencia forzada [aunque parece que hoy día sigue presente esta situación]. Pero también,

encontramos a mujeres que buscaron el matrimonio como medio para salir libradas de los tormentos y maltratos a los que eran sometidas sin no tenían una pareja como también, un matrimonio garante de estabilidad emocional, psicológica, social y económica.

Sumado a lo anterior, debemos decir que las mujeres que no vivían estos “flagelos de la opresión” ingresaban a los conventos,

Tanto en el Nuevo Reino de Granada como en la Europa mediterránea los conventos estaban poblados de mujeres diversas: no sólo albergaron monjas, de velo negro y de velo blanco, sino niñas dedicadas a actividades educativas, viajeras, viudas, esclavas, sirvientas y hasta señoras de conducta reprochable que compartían la cotidianidad con las enclaustradas. (Castillo, 2007, pág. XVI)

Todo lo que aquí hemos dicho sobre las mujeres ha sido gracias a las lecturas realizadas sobre la época colonial como también estudios realizados sobre ellas, puesto que los escritos que estás u otras pudieron haber realizado no quedaron consignados o no fueron publicados; ya que, la posibilidad de surgir o de desarrollarse en cualquier campo como en el mismo intelectual, “es evidente el anonimato al que se vieron sometidas las mujeres dedicadas a las letras en este tiempo” (Hernández, 2010, pág. 422). Es así, que las mujeres tenían o mejor, eran llevadas por lo general a tomar una de las dos decisiones a las cuales se podían enfrentar, una la de servir a los hombres (vida doméstica) o bien, la vida conventual. Esta última opción se convertía para muchas de ellas un tipo de asilo que les brindaba seguridad y perdurables, pues en ellos tenían actividades académicas y ejercicios para su vida y alma.

Quiero terminar con algunas palabras de la madre Francisca para el consuelo, espera y una nueva luz para las mujeres tomando a ejemplo a la mujer que para el cristianismo

católico ha cambiado la esa concepción de que solo de los hombres hay intercesión ante Dios.

¡Ea!, alienta tu corazón, pobrecilla mujer, anégate en el mar de las misericordias mías. Mira que vendrá la aurora y se acabará la lucha y batalla, y se dará fin a las tinieblas, en entrando la aurora María, fuerte, suave, apacible y misericordiosa; terrible para los espíritus malos como un ejército bien ordenado. ¿No es tu Madre, y Madre de su esposo? ¿Pues, qué temes? ¿No es escogida como el sol, para alegrar, beneficiar y vivificar, desde el águila real hasta la más pequeña ave, desde el león coronado hasta el animalito más pequeño, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo y hierba más humilde? Pues, ¡oh gusanito pobre!, también gozarás de las beneficencias de esta aurora y sol clarísimo, hermosísimo y purísimo. Arrójate a sus pies, escóndete en este mar de piedades, bebe de esta fuente purísima, cuando recibas a su Hijo Sacramentado”, etc. Con estas razones se alienta y respira mi corazón en la fuerza de los desconsuelos y angustias. (Castillo, 2007, pág. 274)

Para la madre Francisca, el ser mujer no la limitó para escribir, para decir lo que sentía y pensaba. El ser mujer no la hizo menos que los hombres, no la obligó a seguir las estructuras de su época. El ser mujer no le impidió estudiar y realizar disertaciones sobre Dios y la religión. El ser mujer hizo a Francisca Josefa de Castillo una de las mayores figuras de las letras hispanoamericanas en Colombia. Su legado debe ser aprovechado ante las grandes diferencias que se siguen viviendo entre el hombre y la mujer. Soy consciente que hay cambio, pero para el cambio de mentalidad, de sanación y del paso de hoja de una historia injusta exige comenzar a valorar y rescatar la voz silenciada de mujeres como la

madre Francisca, en otras palabras, es deconstruir para construir un nuevo capítulo de vida de nuestra nación con la participación de todos y no de algunos pocos.

¿Para Concluir o Empezar?

Si la madre Francisca Josefa de la Concepción de Castillo hubiese redactado un tratado de teología y/o una novela donde la protagonista era ella misma, tal vez, habría revelado más claramente aquel dinamismo interno y espiritual, como el vivencial y el social que se exigía para ser parte del canon literario, y el de las o los autores recomendados y estudiados por la Iglesia, así como también, ser valorada en su misma comunidad de las hermanas clarisas. De hecho, considero que se debe dar un reconocimiento de la escritura, y de su importancia para la literatura colombiana. Es necesario valorar de los cánones establecidos la importancia de una mujer, de una obra como *Vida* (1817) de la madre Francisca, porque ayuda y contribuye a nuestra cultura y riqueza literaria, tantas veces incomprendida por quienes tienen la ostentada autoridad, el poder y la administración de la cultura en la época Colonial como en los últimos días.

Con estas páginas que he escrito, no he pretendido ni querido levantar un estandarte en defensa de la escritura feminista y/o autobiográfica, sino que he querido dar el lugar que no ha tenido la obra de una mujer, de una escritora, de una monja dentro de la historia de la literatura nacional, dentro de una sociedad que ha comenzado poco a poco a tener conciencia del poder de la palabra y de la escritura que han tenido las mujeres en la construcción y consolidación de la historia misma de una nación como Colombia.

Es así como al ritmo de aquella vida diaria y corriente que vive la madre de Castillo en el convento de las clarisas, en el que los acontecimientos esperanzadores o en las dificultades, según aquellas situaciones particulares, familiares y conventuales va manifestando en un comienzo por orden de su confesor, sus reacciones espirituales, sus consejos, sus experiencias místicas, sus situaciones morales y de dolor, dejándonos entrever

su vida interior desde aquella celda en donde escribió. La obra *Vida* de la madre Francisca, por lo tanto, es una invitación clara de autoevaluación constante de la propia vida, y el reconocimiento del mí mismo. Es también, una invitación a escribir porque la creación no tiene límites ni fronteras en la escritura. Además, dentro de estas invitaciones no podemos olvidar la memoria familiar como la espiritual, la memoria de la época, la memoria del contexto.

Vida (1817), es la posibilidad de encontrarnos ante la espontaneidad de una mujer que nos permite percibir en cada una de sus inefables palabras la autenticidad de su propia existencia. Un poco como lo hizo Teresa de Ávila en su autobiografía. La madre Francisca, nos va a dar admirables consideraciones bajo la perspectiva de la mística como de aquel romanticismo que había sido legado por la formación en su hogar; una formación a nivel cultural, religioso, político y filosófico. Por medio de la cual, va a narrarnos aquellas jornadas espirituales que en muchas ocasiones la llevaron a un éxtasis y a unos sufrimientos en el alma como en el cuerpo. Por ello, encontramos en esta obra, un proceso sistemático de aquellas experiencias o reacciones que iban brotando de su vida.

En las anteriores páginas, no he hecho una descripción de todo lo que realmente vivió la madre de Castillo, ya que considero que su obra permite estudiar varios temas desde distintas perspectivas como la religiosa, la social, la cultural y la filosófica. Sin embargo, considero que he delineado al menos las líneas fundamentales o principales de los rasgos o características de la autobiografía desde su rama de conventual y/o espiritual que he encontrado en *Vida*, y que al mismo tiempo lo que la motivó en vida para su existencia. Por estas razones, se ha ido descubriendo cómo la madre Francisca construyó, respondiendo a su voto de obediencia como a sus sentimientos internos a una subjetividad oculta desde la representación del amor. No puedo olvidar la importancia que tiene la

autobiografía como género literario, porque este género ayuda y fomenta la creatividad, y sobre todo a expresar la subjetividad del yo. Nos permite, como ya lo he mencionado compartir sentimientos, pensamientos y vivencia de la persona; permite por otra parte, compartir el acontecimiento humano en su proceso de formación.

El resultado de la contemplación de su ser, de su persona ante su Amado ante la divinidad, la lleva muchas veces como mujer de aquella época a un diálogo de silencio. Un silencio que va teniendo a lo largo de cada una de las páginas de su obra un cuerpo dentro del mecanismo de opresión que había aprendido desde su hogar, el diálogo, la memoria, los recuerdos, la aparición o la cuestión de Yo, el testimonio, la confesión y el aspecto místico.

No quiero terminar, sin mencionar la Colonia en Colombia como aquella época propia en la que vivió la madre Francisca. Esta debemos entenderla como ese proceso transitorio que en Colombia tuvo el seguimiento y la continuidad de ideas propias de la cultura española, muchas de ellas cargadas de una ideología excluyente, donde no tenía oportunidad el reconocimiento femenino, aunque al parecer este sigue muy vigente en ciertos países como instituciones.

Como consecuencia del colonialismo no se integró ni se tuvo en cuenta la realidad de los pueblos de Colombia. Es así, que solamente quienes tenían acceso a la educación como es el caso de la madre Francisca adoptaban y bebían de las creencias, los pensamientos y la cultura occidental.

Finalmente, con este trabajo quiero rescatar las raíces culturales y la exhortación que hace la obra para el despertar el en sí mismo. El valorar, además, la importancia de la familia, de la educación y sobre todo no apartarse de la realidad que viven quienes escriben, porque la propia vida ya es una lección de vida en sí misma.

No cabe duda de que conocer a un autor dentro de su creación da alegría al lector y a quien la estudia. La obra *Vida* (1817) de la Madre Francisca, me ha llenado de paz, esperanza y dirección. Una paz que es procesual, es decir, que se va construyendo a pesar de las vicisitudes, problemas y dificultades que como ser humano tengo. Una paz que se encuentra en aquellos espacios de oración y de silencio, no solamente en un silencio físico sino del mundo que me rodea y todo lo que este abarca. Ante la triste y preocupante realidad vivencial de la Madre Francisca, hay esperanza de entrega y testimonio, de servicio al que lo necesita sin esperar nada a cambio. Esperanza de poder compartir con el otro, mi vida, mis sentimientos, emociones y pensamientos.

Si ella, tras las paredes de un convento nos enseña a vivir un camino de oración, disciplina, trabajo, conocimiento, etc., como no poder desde mi profesión como docente y religioso consagrado contribuir a la realidad que vive la humanidad con pequeños o porque no escritos que den una nueva luz de esperanza a aquel que está en la oscuridad.

Somos hombres y mujeres que, necesitados de una dirección, de una guía, de un rumbo seguro que nos lleve a alcanzar nuestras tareas, proyectos y sueños. Y como lo he dicho en párrafos anteriores, es la hora de examinarnos diariamente, hacer un diagnóstico de lo que éramos, somos y queremos, para dar el siguiente paso con firmeza y confiados de nuestras propias capacidades y cualidades.

Referencias Bibliográficas

- Amelang, J. S. (2003). *El vuelo de ícaro. La autobiografía popular en la Europa Moderna*. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores, S.A.
- Arévalo, D. (2017). *Conventualización de la escritura en las vidas de Santa Teresa de Jesús y Francisca Josefa de Castillo*. *Literatura: Teoría, Historia, Crítica*, 197 – 224.
- Castillo, M. F. (2007). *Su vida*. Caracas : Fundación Biblioteca Ayacucho.
- Concepción, F. J. (1956). *Afectos Espirituales*. Bogotá: Biblioteca de Autores Colombianos.
- de la Cruz, S. J. (1997). Sor Juana Inés de la Cruz. Obras completas. México, D.F.: Porrúa.
- Ferreira de Almeida, M. C. (2012). *Escribir al otro: alteridad, literatura y antropología*. Universidad de los Andes. Recuperado de <https://elibro.net/es/lc/usta/titulos/69458>
- Ferrús Antón , B. (2008). Mayor gloria de Dios es que lo sea una mujer... Sor María de Jesús de Ágreda y Sor Francisca Josefa de la Concepción del Castillo (Sobre la escritura conventual en los siglos XVI y XVII). *Revista de Literatura*, 2008, enero-junio, vol. LXX, n.o 139,, 31 - 46.
- Ferrús Antón, b., & Girona Fibla, N. (2009). *Vida de Sor Francisca Josefa de Castillo*. Pamplona: Iberoamericana .
- Fonseca Zamora, I. (2013). *En los bordes de la escritura mística de La Madre Francisca Josefa de la Concepción Del Castillo (1671-1742) El susurro del silencio*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

- Foucault, M. (2007). *Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI editores s.a. de c.v.
- Guillén, C. (1985). *Entre lo uno y lo diverso*. Barcelona: Crítica.
- Guzmán Méndez, D. P. (2017). *Mamoria y canon en las historias de la literatura colombiana (1867-1944)*. Bogotá: Ediciones USTA.
- Hernández, M. E. (2010). *Vida de sor Francisca Josefa de Castillo*. [archivo PDF]. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/7137997.pdf>.
- Hipona, A. d. (1948). *Obras de San Agustín*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos B.A.C.
- Lejeune, P. (1986). *El pacto autobiográfico y otros escritos*. Madrid: Megazul-Endymion.
- Llanos, B. (1994). *Autobiografía y escritura conventual femenina en la colonia*. Letras Femeninas, 23 – 30. Recuperado de <https://www-jstor-org.crai-ustadigital.usantotomas.edu.co/stable/23022472>
- Lorda, J. (jueves, 15 de julio de 2010). *La doctrina de la Iglesia sobre el hombre, “luz para el mundo moderno”*. En La Cumbre - Antropología Y Valores. <http://http://enlacumbre2028.blogspot.com/2010/07/la-doctrina-de-la-iglesia-sobre-el.html>
- Ortiz Bedoya, O. M. (10 de Junio de 2010). *Historia de Colombia UT*. Recuperado de <https://historiadecolombiaut2010.wordpress.com/artes-y-cultura/conquista-y-colonia/>

Osorio Soto, M. E. (2006). *La subjetividad oculta. La representación del amor en obras de sor Francisca Josefa de Castillo y Soledad Acosta de Samper*. Estocolmo: Stockholm University.

Robledo, Á. (2007). *Su Vida*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Silva, J. A. (1996). *Obras completas*. Madrid: Allca XX.

Steffanell, A. (2010). *Sor Francisca Josefa de Castillo (1671-1742): una “Rara Avis” en el canon de la literatura colombiana fundacional*. Cuadernos de Literatura, vol. 14, núm. 28, julio-diciembre, 100-128.

Vergara y Vergara, J. (1867). *Historia de la literatura en Nueva Granada*. Bogotá: Echeverría Hermanos.

Zambrano, M. (2004). *La confesión: género literario*. Madrid: Ediciones Siruela.